



Comedias

2830



crisco vfu

Caricatura de TOVAR

DICENTA y PASO (hijos) Los cuernos del Diablo

Es de vidrio la mujer **Tomás LUCEÑO**

8

50 céntimos

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

Rodríguez San Pedro, 26



MADRID



Apartado 8.036

EDITORIAL SIGLO XX

HA PUESTO A LA VENTA

La obra de más éxito de Muñoz
Seca y Pérez Fernández

Los extremeños se tocan

— y —

la comedia en tres actos
original de Honorio Maura

Julietta compra un hijo

Precio: 5 ptas. ejemplar.

Los pedidos a EDITORIAL SIGLO XX

Rodríguez S. Pedro, 26. — Apartado 8.036. — MADRID

JOAQUIN DICENTA y ANTONIO PASO (hijos)

Los cuernos del Diablo

PASATIEMPO BUFO-LÍRICO-BAILABLE, EN UN ACTO, SEIS CUADROS Y
UN APOTEOSIS

MUSICA DEL MAESTRO

ROSILLO

Estrenado en el Teatro Martín el 19 de Abril de 1927.

REPARTO

MARIA, SALAMANDRA, LA SECRETARIA INFERNAL, LA
GULA, LA AVARICIA, LA IRA, LA ENVIDIA, LA PEREZA,
LA LUJURIA, LA SOBERBIA, MARGOT, CAMARERA,
MARIA, SILVIA, KETTY-KYTTE, AMADEO, MANOLO, EL
PRINCIPE LUCIFER, PEDRO BOTERO, EL DOCTOR
DEL DIABLO, DIABLILLO, EL MAITRE, POLLO TABLA

Policías, Mecanógrafas, Fumadoras de opio. Tanguistas, Al-
pinistas, etc., etc.

611081

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Telón corto representando una calle de Nueva York.

Entran, vestidos de obreros, con dos picos al hombro y unas linternas apagadas, AMADEO LALIEBRE y MANOLO SEVILLANO.

MAN. Que no, hombre, que no.

AMA. ¡Y dale tiza! Te digo que esta es la Quinta Avenida.

MAN. La quinta venida que hacemos aquí porque ya son cinco las veces que hemos pasado por este sitio. Y tú tienes la culpa de lo que nos ocurre.

AMA. ¡Y dale tiza!

MAN. Tú me trajiste a mí a Nueva York diciéndome que los perros se ataban con longaniza, y perros (*Refiriéndose al dinero.*) he visto muy pocos, y longaniza, menos.

AMA. Miá que decir que no has visto la longaniza, después de lo que hemos andao... Exageras, Manolo.

MAN. Sí, señor; Manolo Sevillano, natural de Madrid, mayor de edad, casao con la Ruperta hace siete años...

AMA. Y tan harto ya, que estás que echas las muelas.

MAN. A ver quién no echa las muelas a los siete años... a los siete años de casao... Pero a lo que iba. En Madrid, al menos, me dedicaba al elevado oficio de arreglar chimeneas por los tejados, y venir a Nueva York a trabajar de poco, no me negarás que es descender un poco. Y ya lo sabes, Laliebre, yo no paso por esto.

AMA. Si ya lo sé que no pasas, Sevillano, pero, ¿qué quieres que yo le haga? Amadeo Laliebre y Fresnedilla, también de Madrid, también casao, y de treinta años...

MAN. Y pico... (*Señalando al que Amadeo lleva al hombro.*)

AMA. También ha pasao engaño el Atlántico.

MAN. Es que venir de Madrid dos gatos que trabajaban en los tejaos, pa espantar ratas en las alcantarillas de Nueva York y pa arreglar las bocas de riego de las calles, es denigrante. Si lo llego a pensar, me tiro desde una chimenea.

AMA. Es que tú tenías muchos humos.

MAN. Bueno. Lo importante es buscar ahora la boca de rie-
go y el pozo de la alcantarilla que nos han encaegao que acré-
gemos.

AMA. Nos han dicho que la calle estaba por aquí, pero no
sé si es ésta.

MAN. Si pasase alguien que chamullase el castellano...

AMA. Calla. Por allí viene una jovencita, que a lo mejor lo
sabe.

MAN. ¡Y vaya gachí! (*Entra María, lujosamente vestida.*)

AMA. ¡Mi madre, qué mujer!

MAN. Tiene usted una cara de vaya usted con Dios...

AMA. Y un cuerpo de que usted se alivie...

MAN. Oiga usted, mis, mis... (*María se detiene.*)

AMA. A ver si ésta nos saca del aprieto.

MAN. Oiga usted, prenda.

AMA. No la llames prenda, que no te va a entender.

MAN. ¿Por qué?

AMA. Porque es una americana.

MAN. Pues por eso la llamo prenda. (*Ella sonríe.*) ¡Ay, mi
abuela, que me sonrío!

AMA. Anda con cuidao, que estas americanas son muy largas.

MAN. Qué va a ser larga, si parece que me la han cortao a
la medida. Ahora verás. Vida, andas que eres un columpio, y
juegas los ojos a la repetida.

AMA. (*Apartándole.*) Y pierde el que talla...

MAN. (*Idem.*) El que t'haya mirao. Fíjate qué ojos.

AMA. ¿Se despierta usted en tres veces, alma mía? ¡Ay, Ma-
nolo, que me sonrío otra vez!

MAN. ¡Duro con ella!

AMA. Con esas pestañas me hacía yo una hamiaca. ¡Que me
sonrío, Manolo!

MAN. ¡Duro, Amadeo, duro!

AMA. Aquí hay elegancia y armonía. Fíjate en la línea, que
es una línea de mucho tránsito. (*Tocándola.*)

MAR. (*Con marcado acento madrileño.*) Haga el favor el tran-
seunte.

AMA. (*Sorprendido.*) ¿Cómo?

MAR. ¡Pero acabaca ya, so pesao!

AMA. ¡Ay, Manolo, que es más española que medio chico
de Valdepeñas!

MAR. Naturaca. Yo soy más madrileña que Vicente Pastor
y que Antonio Casero.

MAN. Que dicen por ahí que es de Salamanca.

AMA. Malas lenguas, Manolo, malas lenguas.

MAN. Una gata, y yo la llamaba mis...

AMA. ¿Pues cómo quieres llamar a una gata?

MAR. Estaba allí de tanguista y me salió un contrato pa trabajar en enero en Nueva York, y esta noche debuto.

MAN. Gata, y debuta en enero...

AMA. ¡La locura!

MAR. Seguramente que ustedes conocerán a mi padre.

MAN. Puede.

MAR. Es el señor Isidro Gracia, el carpintero de la calle de Malasaña.

AMA. ¡Y dale tiza! ¡Pues no voy a conocerle! Tú eres María. Menudo escándalo armó el día que te escapaste.

MAR. Es que no podía aguantarle. Me daba unas palizas terribles. La última, fué de tal calibre, que usté ya sabe que la carpintería está al lao del teatro de Maravillas; bueno, pues mi padre empezó a darme tortazos, y cómo sonarían, que la Raquel, que estaba cantando, se creyó obligada a repetir el número.

MAN. Era muy burro.

AMA. Y ahora, ¿qué hace?

MAR. Pues allí sigue, meneando la cola.

MAN. ¿Y aquí cómo vives?

MAR. A boca de rey. ¿Y vosotros?

AMA. A boca de riego, ya lo ves.

MAR. He tenido mucha suerte. He sido amante de dos príncipes rusos, de un checoeslovaco, del rey del petróleo...

AMA. Bueno, María; a ver cuando das una popular.

MAR. Al único que no he podido enganchar ha sido a un par inglés.

MAN. Pues si deseas un par, aquí nos tiés a nosotros.

MAR. ¿Y qué buscáis por este sitio?

AMA. (*Enseñándole un papel.*) Esta calle pa arreglar el pozo de una alcantarilla.

MAR. Pues si estáis en ella. (*Leyendo.*) Pozo 4.427. Pero si es este mismo. Y os dejo, que por allí lejos veo venir a mis compañeras.

MAN. ¿A qué compañeras?

MAR. A las tanguistas del «Paraiso Artificial». Un cabaret de fumadores de opio, donde yo trabajo. Cuando queráis verme, preguntar en él por mí. Con que os acerquéis al portero y le digáis María Gracia...

AMA. Nos da un guantazo.

MAR. ¿Por qué?

MAN. Por graciosos.

MAR. Conque, abur...

AMA. ¡Negra! (*Va a tocarla.*)

MAR. ¡Quieto! Que cuando me tocan sin yo querer, sé dar una galleta a tiempo. Por algo dice la copla :

Para jardines, Valencia ;
para sol, Andalucía ;
para cerdos, Badajoz,
y pa galletas, María.

MAN. ¡Olé! (*María se dirige a la izquierda.*)

AMA. Manolo, al oficio. (*Se acerca a la alcantarilla.*) Abre la boca de esa alcantarilla. (*Manolo lo hace.*) ¿T'has fijao en la hija del señor Isidro?

MAN. (*Con la tapa del pozo en la mano.*) Como que estoy con la boca abierta.

AMA. Manolo, baja.

MAN. Allá voy. (*Desaparece por escotillón. Dentro.*) ¡Amadeo!

AMA. ¿Qué?

MAN. ¡Baja!

AMA. ¿Qué pasa?

MAN. ¡Baja, que he oído unos suspiros! ¡Que detrás de la paré se queja alguien!

AMA. Serán borrachos...

MAN. Yo creo que son emparedaos.

AMA. ¡Pues guárdame uno! ¡Y dale tiza! ¡Cualquiera está aquí con la boca abierta habiendo emparedaos abajo!

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

AL HINCAR EL PICO

El fondo del pozo. MANOLO, muy asustado, sostiene la escala por donde baja AMADEO.

AMA. ¿Dónde están los emparedaos?

MAN. (*Tartamudeando de miedo.*) En..., en..., en ese tabique... ¿Dónde dará ese tabique?

AMA. Si hay emparedaos, es casi seguro que dé a una confitería.

MAN. No te chuffles, Amadeo, que estoy más muerto que vivo.

AMA. ¿Pues qué te pasa?

MAN. (Escucha. *Amadeo escucha en la pared.*) ¿No oyes suspirar?

AMA. (*Tartamudeando también.*) Me pa..., pa..., me parece que se trata de un... se..., se...

MAN. ¿Qué?

AMA. Un se..., se..., secuestro. Hay que ejercer un acto de justicia. Yo, que ba..., ba..., que bajaba buscando un entremés, y tengo que hacer un acto..., un acto de justicia. Li..., li...

MAN. ¿Qué?

AMA. Liiibremos al secuestrado... Anda, Ma..., ma...

MAN. ¿Cómo?

AMA. Maaanolo... Coge el pi, pi... y co..., co...

MAN. ¿Có..., có..., cómo?

AMA. Que cojas el pi, pico y co..., comiences a cavar.

MAN. Es que me da mucho miedo del co..., co..., del comienzo. Empieza tú.

AMA. Espé..., espérate, que me o..., que me oriente y vea dónde son los suspiros.

MAN. Anda, pronto.

AMA. Si es que estoy que me muero...

MAN. Pues hince el pico de una vez.

AMA. Ayúdame.

MAN. Ya, vamos. (*Pican en el muro; éste se derrumba en parte.*)

AMA. ¡Y dale tiza!

MAN. ¡Mi madre!

AMA. ¡Qué túnel más largo!

MAN. ¡Y qué iluminación!

AMA. Esto es un sueño, Sevillano.

MAN. Amigo Laliebre, ¿estaremos borrachos?

AMA. Creo que debemos saltar dentro.

MAN. Como quieras.

AMA. Pues a ello. ¡Salta, Sevillano! (*Manolo salta por el boquete.*) ¿Qué ves?

MAN. ¡El disloque!

AMA. Donde menos se piensa...

MAN. ¡Salta, Laliebre!

MUTACIÓN EN OSCURO

C U A D R O T E R C E R O

SALAMANDRA, LA FOGOSA

Fantástica cámara en los interiores del infierno. Al fondo, cortina de lateral a lateral, o telón que, por medio de un juego de lu-

ces, pueda ser transparente. De ser cortina, se descorrerá a su debido tiempo, y, de ser telón, tendrá una amplia puerta central. Practicables a derecha e izquierda. Distribuídos convenientemente en la decoración siete paños, que se confunden con el decorado, pero que a su debido tiempo se alzarán, según indica la acotación correspondiente. En Madrid, en lugar de siete paños, se hicieron siete grotescos faroles representando unos muñecos infernales. Estos faroles se iluminan por dentro, y a su debido tiempo se alzan, saliendo de dentro de ellos los siete Pecados Capitales.

Al hacerse la luz, seis mecanógrafas infernales escriben a máquina, mientras va de una a otra la SECRETARIA de la esposa de Lucifer.

MÚSICA

- SEC. Secretarias del demonio,
disponeos a copiar
estas cartas infernales,
que me acaban de dictar.
- MEC. Estamos a tu entera
disposición.
- SEC. Pues escuchadme todas
con atención.
La ancianidad de Lucifer
le tiene ya
lánguido, apático, sobre un sillón,
y a combatir la enfermedad
médicos célebres van con tesón.
Unos dicen que los riñones;
otros dicen que el corazón;
hay quien habla de los pulmones,
y hay quien habla del esternón.
Mas su esposa Salamandra
asegura sin cesar
que, por mucho que le miren,
nada le van a encontrar.
- MEC. ¿Esta es la orden de Salamandra,
la bella esposa del gran Lucifer?
- SEC. Y la mujer de Lucifer,
el gran señor,
lánguida, histérica, vuélvese ya,
y sin cesar ha de beber
antipasmódica y agua de azar.
Y se tira de los cabellos,
y es tan fuerte cada tirón

que, si sigue tirando de ellos,
la veremos a lo «garsón».
Y la pobre sufre y llora,
porque dice, con razón,
que hace tiempo que el demonio
no cumple su obligación

HABLADO

SEC. Diabólicas oficinistas: es preciso que estas circulares salgan para la tierra en el primer metropolitano que parta del infierno. Antes de cinco minutos, deben tenerlas en su poder los agentes femeninos en la tierra. Así no dirán que nuestra reina, la princesa Salamandra, no se ocupa de los asuntos infernales.

MEC. 1.^a Ten en cuenta que desde que su esposo el príncipe Luzbel cayó enfermo y Salamandra se encargó de los negocios infernales, el número de viajeros que vienen de la tierra es cada día menor.

SEC. ¿Acaso pretendes indicarme que ella gobierna mal?

MEC. 1.^a El diablo me libre de juzgar sus actos.

SEC. Pues id a cumplir esas órdenes y de aquí en adelante absteneos de opinar. (*Bis en la orquesta y hacen mutis las Mecanógrafas. Salamandra sale por la derecha.*)

SEC. ¿Has oído, amada princesa, lo que dijeron esas atrevidas?

SAL. Y el caso es que no les falta la razón. Yo no sirvo para gobernar. A mí no me importa nada que los hombres pequen o no pequen en la tierra; a mí no me interesa que el infierno esté lleno o vacío. Con pensar en mi desdicha me basta.

SEC. ¿En tu desdicha?

SAL. ¿Te parece pequeña desgracia que el príncipe Lucifer, ese viejo achacoso, me haya tomado por esposa a mí que soy joven y que me veo condenada a desconocer para siempre toda la serie de delicias que adornan el amor juvenil?

SEC. Tienes razón; no es envidiable tu destino.

SAL. Y que no tengo ni el consuelo de pensar que cualquiera de los bellos y jóvenes diablillos se atreva a hacerme la más inocente cucamona. Soy su reina, soy la esposa del rey de los infiernos, y tiemblan sólo de mirarme.

SEC. Además que, aunque alguno se atreviera, tú no podrías ser infiel a tu señor. Lucifer posee el medio de conocer al momento cualquier desliz que cometieras.

SAL. No me hables de eso porque me pongo fuera de mí. A cualquier joven casada con un viejo le daba yo esto de que el marido pueda saber lo que no debe saber sin necesidad de verlo

y sin que nadie se lo cuente. ¡Pensar que con un metro que lleva en el bolsillo puede conocer si le traiciono o no...!

SEC. Y que utiliza el metro cada cinco minutos.

SAL. Si al menos tuviese el consuelo de saber que un día u otro día podría quedarme viuda... Pero ni eso. Lucifer es eterno. Envejece, enferma, se llena de achaques, pero no muere nunca.

SEC. ¿Y los doctores infernales no han dado con la enfermedad que tiene?

SAL. Pero ¿cómo van a dar con ello si su única enfermedad son los siglos que lleva encima? Y los pobres doctores se vuelven locos para ver lo que tiene y no lo saben. No lo saben porque no tiene nada.

SEC. ¿Estás segura de que no tiene nada?

SAL. Ni tanto así. ¡Cuando yo te lo digo!

DÍA. (*Entrando por la izquierda.*) El príncipe Lucifer, desatendiendo los consejos de los médicos, se ha levantado y viene hacia aquí.

SAL. Pues mira, vámonos, porque se levantará, como acostumbra, con un humor de todos los demonios.

SEC. Démonos prisa porque ya está aquí. (*Hacen mutis los tres por la derecha. Entra por la izquierda Lucifer, viejo y achacososo. Se apoya en Pedro Botero y les sigue el Doctor del Diablo.*)

LUC. Nada; tus remedios no sirven para nada. Me acabo de levantar y ya no puedo ni sostenerme. Acércame un asiento, Perico.

BOT. Toma, señor.

LUC. (*Sentándose.*) ¡Ay!

DOC. Yo no puedo hacer más. He recurrido a todos los medicamentos que conozco. Te he dado citrato potásico, citrato sódico, citrato de magnesia...

LUC. Pues a pesar del citrato potásico, del citrato sódico y del citrato de magnesia, si trato de ponerme en pie me caigo.

DOC. Tu esposa Salamandra me pide a toda prisa que extienda un certificado de tu enfermedad. Y me doy por vencido. No me es posible certificar nada.

LUC. He perdido el estómago...

DOC. Eso creía yo, y por eso recurrí a los sellos de bismuto, a los sellos de belladona, a los sellos de bicarbonato...

LUC. ¿Y no puedes certificar después de tanto sello?

BOT. Yo creo que estás algo asmático, reumático, gotoso...

DOC. Pues yo no veo asma, ni veo reuma, ni veo gota.

LUC. Eso es lo que te pasa, que no ves ni gota, ¡médico del demonio!

BOT. Si le sirvieran tus gafas mágicas con las que tú ves el interior de las personas...

LUC. No creo que le sirven más que para ver el interior de

mi ropa, porque sólo mis ojos tienen el poder de mirar con estas gafas el interior del cuerpo. De todas formas, pónelas y mira. (Se las da; el doctor se las pone.) ¿Qué ves?

DOC. Te veo completamente desnudo.

LUC. ¿Y no ves nada más?

DOC. Muy poca cosa.

BOT. ¿Y el interior? ¿Es que no ves nada del interior?

DOC. El interior lo veo muy oscuro.

LUC. ¡Como todos los interiores!

DOC. ¡Ahora lo veo todo claro. (Pedro Botero se pone delante, volviendo la espalda al Doctor e inclinándose para coger algo que se le ha caído a Lucifer.) ¡Calla! ¡Ahora lo veo todo negro!

LUC. ¡Trae, trae mis gafas, imbécil! Como dentro de dos días no hayas averiguado mi enfermedad, te mando tostar a fuego lento.

DOC. Ve que es un plazo muy corto.

LUC. ¡Largo!

DOC. Corto.

LUC. ¡Digo que largo de aquí! (El Doctor saluda y vase por la derecha.) ¡Ay, Perico, qué desgraciado soy! Si no fuese eterno, ya me había matado.

BOT. Paciencia, señor.

LUC. ¿Paciencia? Job a mi lado, el rabo de una vaca en época de moscas...

BOT. Ya volverás a tener salud.

LUC. ¿Y crees que me basta? Lo que yo quisiera es algo que no podré conseguir en toda mi eternidad. Volver a ser joven.

BOT. ¡Bah! ¿Qué falta te hace a ti la juventud?

LUC. Nunca la eché de menos y hace ya siglos que soy viejo. Pero ahora... ¿Me entiendes?

BOT. Como no hables claro...

LUC. Ahora amo. Más claro, agua de filtro.

BOT. ¿A Salamandra?

LUC. A Salamandra. La obligué a casarse conmigo porque suponía que su juventud y su belleza me volverían a mis buenos tiempos... Pero como si no...

BOT. ¿Y la amas?

LUC. La amo; ¡pero como si no! ¡Y si supieses lo más terrible!...

BOT. ¿Qué?

LUC. Que tengo celos. ¡Celos terribles! Salamandra es joven, fogosa, está llena de amorosas inquietudes y nota el vacío del amor, y como está llena y nota ese vacío... ¿Comprendes?

BOT. ¿Piensas que puede engañarte?

LUC. Lo pienso, lo imagino... ¡Acaso en este momento me estará siendo infiel!

BOT. Deja, deja que salga de la duda, porque sólo de pensarlo... (*Saca del bolsillo un metro.*) Veamos. (*Se lleva el metro a la cabeza y se mide los cuernos.*) ¡Fiel! ¡Qué peso se me ha quitado de encima!

DIA. (*Entrando por el foro.*) Señor, han llegado por el subterráneo secreto del Metropolitano infernal de Nueva York dos habitantes de la tierra.

LUC. Que los reciba mi esposa, o su secretaria, o tú mismo. Yo tengo bastante con ocuparme de mi vejez y mi enfermedad. (*A Botero.*) ¡Y sobre todo con mis celos! Vamos de aquí, Pedro... (*Haciendo mutis.*) Pensar que Salamandra puede engañarme... Déjame, déjame que lo vea... (*Vuelve a medirse los cuernos.*) ¡Fiel! (*Sale por la izquierda, apoyándose en Pedro Botero.*)

DIA. (*Dirigiéndose al foro.*) Pasad. (*Entran por dicho sitio Amadeo y Manolo.*)

AMA. Oye, ¿dónde estaremos?

MAN. No podemos estar muy lejos de la calle, porque desde que atravesamos el boquete del pozo y caímos en aquel tren subterráneo, no han pasado ni dos minutos.

AMA. Pa mí que estamos en alguno de esos cabarés secretos que hay en Nueva York. Y que deben estar celebrando algún baile de máscaras.

MAN. ¿Por qué lo dices?

AMA. Aquí por el galán que está vestido de demonio.

MAN. Fíjate qué rabo.

AMA. Parece de veras. (*Tira del rabo al Diablo.*)

DIA. (*Gritando.*) ¡Ay!

MAN. ¿Qué le pasa?

DIA. Que me has hecho daño.

MAN. ¡Ay, Manolo, que es de carne!

DIA. ¿El qué?

AMA. El rabo.

MAN. Amos anda. (*Al Diablillo.*) Oye, jovencito. Pues no dice acá que eso es de carne...

DIA. ¿El qué?

MAN. ¡Lo que cuelga!

DIA. ¿Cómo?

MAN. El apéndice; vulgo, cola.

DIA. Pues claro que es de carne.

AMA. ¡Y dale tiza! ¿Será verdad?

MAN. Pero si lo que quiere es pitorrearse de nosotros. Por eso se ha quejado cuando le has tirado de la cola. Pa engañarnos. Pero a mí no me la pega ni con cola.

DIA. Estáis en el infierno.

AMA. Por el calor que hace, casi voy a creerlo.

MAN. Yo estoy sudando tinta.

DIA. Y esperad aquí, que voy a traer a doña Salamandra.

MAN. Oye, ¿y no te sería más fácil traernos a don Ventilador? (*El Diablillo hace mutis por la derecha.*)

AMA. Miá que si estuviésemos en el infierno, Manolo...

MAN. ¿Pero tú crees que se llega al infierno por las alcantarillas?

AMA. Por toas partes se va a Roma.

MAN. A Roma sí, pero no al infierno.

AMA. Acuérdate de las voces que hemos oído al entrar. Algo así como si se quejasen.

MAN. Eso sí es verdad.

AMA. Y una voz que gritaba: «¡Que te quemas, que te quemas!»

MAN. Vete tú a saber; a lo mejor son chicos que juegan al zurriago escondido.

AMA (*Mirando a la derecha.*) ¡Ay, Manolo!

MAN. ¿Qué?

AMA. Que por ahí vienen cinco mujeres que quitan la cabeza.

MAN. ¡Anda, pues es verdad! (*Solen a escena, por la derecha, Salamandra, la Secretaria y cuatro Mecanógrafas.*)

AMA. Pero ¿ande estaremos?

MAN. Vamos a preguntárselo a una de éstas.

AMA. Creo que pa hablarlas debes fingir educación y maneras distinguidas.

MAN. Oye, que a mí, a maneras distinguidas, no me gana ni don José Francos Rodríguez, pongo por ex ministro. Ahora verás. (*A ellas.*) Salú.

AMA. No, hombre, no. Con de.

MAN. ¡Ah, ya! Saluz.

AMA. ¿Eso es con de?

MAN. Señoras midas...

AMA. ¡Y dale tiza! No tan fino, Manolo.

MAN. Aquí hemos entrao los dos, que valemos como cuatro, pa las cinco y seis...

AMA. Pero ¿qué cuentas?

MAN. Y seis de una guapeza que descoyunta. Creo que más fino... Porque éste y yo... y yo y éste... Ya estoy hecho un taco.

AMA. ¡Y dale tiza, Manolo! ¡Quítate de ahí y déjame a mí!... Aquí, el jovencito y yo queremos inquirir, vulgo saber, dó nos hallamos.

MAN. ¡Chico, qué bien estás de voz!

AMA. ¿Por qué?

MAN. Porque hay que ver el do que te ha salido. Vamos, apár-

tate de ahí y deja que yo las interrogué. (*A Salamandra.*) Oiga usted, señora..., señora...

SEC. Señora Salamandra.

MAN. ¿Salamandra na más? Permítame usted que yo la dé tratamiento mayor. Oiga usted, doña Calefacción central.

SEC. Sé más respetuoso. Estás ante la reina del Averno. (*A Amadco, que lla un cigarrillo.*) ¿Qué vas a hacer, desdichado?

AMA. Fumar.

SEC. Aquí no se fuma.

MAN. ¿Oyes? Que aquí no se fuma.

AMA. ¡Y dale tiza! Pero si yo tengo ganas de echar humo.

MAN. Pues si tienes ganas de humear, hazlo donde no haya señoras. Y a otra cosa. ¿Quién ustés decirme ande estamos?

SAL. En el infierno.

AMA. Cuando yo te decía que he oído al entrar unos gritos muy raros... No se me va de la memoria la voz de un hombre que gritaba desesperadamente: «¡Eureka! ¡Eureka!»

MAN. Sería un zapatero.

AMA. Decía que era un sabio que se llamaba Arquímedes.

SAL. ¡Ah, sí! El que inventó el principio.

MAN. Vamos, mía que traer al infierno al que inventó el principio...

AMA. Eso no se le ocurre ni al que asó la manteca.

SAL. Bueno, basta de conversación. Secretaria, inscribe a estos mortales en el libro de las entradas.

AMA. Oiga usted, terremoto. ¿Y a mí no podían inscribirme en el de las salidas?

SAL. El que entra aquí no sale nunca.

AMA. Yo, por no dejar de verla a usted, aquí me quedo pa los restos.

SAL. (*Coqueteando.*) ¿De veras?

AMA. Y si le gustan a usted los demonios, como uno que he visto yo aquí antes, estoy dispuesto a tener más cola que la taquilla de un cine en día de lluvia...

SAL. ¿Serías capaz por mí de vivir a gusto en el infierno?

AMA. Es que viviendo al lado de usted se está siempre en la gloria.

SAL. (*Coqueteando más.*) ¿Sí?...

SEC. Señora, no olvides los procedimientos métricos de Lucifer.

SAL. Tienes razón, ¡qué desgracia la mía!

SEC. ¿Y vosotros sois de Madrid?

AMA. De Madrid, na más.

MAN. De la tierra del poci, de las chuletas de Barrionuevo y del chotis castizo.

SAL. ¿El chotis? ¿Y qué es eso?

AMA. Eso es la cúpula del vaivén y del giro mutuo a compás de una melodía que amodorra.

MAN. Anda; enróscate tú con esa, que yo me voy a soldar aquí con doña Secretaria pa explicárselo. (*Las abrazan por la cintura.*)

SAL. Pero, ¿esto hay que bailararlo tan juntos?

MAN. Todos los chotis. Y este que os vamos a enseñar más aún.

AMA. Como que este chotis se llama *El incrustao*.

MÚSICA

SALAMANDRA, SECRETARIA, MANOLO, AMADEO y DIABLILLOS, que al primer estribillo aparecen bailando.

AMA. y MAN. Cuando me enrosco
con cuidado a la pareja,
al apretar suele exclamar
alguna queja;
y es que yo bailo
este chotis tan apretao
que a la pareja
la convierto en un lenguao.

SAL. y SEC. No te me enrosques
de tal modo, que lastimas;
ya la columna vertebral
me has desviao.

AMA. y MAN. Pues yo la tengo más derecha
que una lima,
y esto me pasa cuando bailo
el *incrustao*.

El *incrustao*—ha demostra
que pa bailararlo—hay que sudarlo.

SAL. y SEC. El *incrustao*—ha demostra
que el que lo baila—no tié un costipao.

AMA. y MAN. En la Bombilla
yo^o bailé con la Cristeza
y ella exclamaba:
¡que me arrugas la chaqueta!
pues yo bailaba de tal modo
el *incrustao*.
que un abrelatas
no me hubiera separao.

SAL. y SEC. Yo me lo explico,
porque aprietas de tal modo

que la rodilla
tú me dejas señalá.

AMA. y MAN. Yo te señalo la rodilla,
y hasta el codo,
y si es tu gusto
te señalo lo demás.

(Al estribillo.)

HABLADO .

AMA. ¡Cómo me gustas, negra! (Abrazándola.)

SAL. No tanto.

AMA. ¿Qué? ¿Te parece fuerte?

SAL. No; puedes apretar un poquito más.

SEC. Acuérdate del metro.

SAL. Es cierto, ¡qué desesperación! Vaya, conducid a estos hombres a que vean los suplicios. Luego determinaré lo que con ellos puede hacerse.

AMA. Conmigo puede hacerse todo.

SAL. ¿Todo...?

SEC. Señora, el metro.

MAN. Este Amadeo es de una frescura que como siga aquí más días, las calderas infernales van a pasar del rojo vivo al negro mate. (Hacen mutis los dos por el foro acompañados del Diablillo.)

SAL. Ea, no aguanto más. Ese hombre me gusta. Es preciso buscar un medio para burlar a Lucifer sin correr el peligro de que lo sepa.

SEC. ¿Engañar a Lucifer?

SAL. Sí. La astucia de la mujer lo puede todo. Sígueme. Yo te aseguro que desde hoy en adelante voy a hacer lo que quiera sin que el metro de Lucifer sirva delatarme. (Hacen mutis por la derecha. Por la izquierda entran Lucifer y Pedro Botero.)

LUC. Te digo que sí, Perico. El metro acusa una crecida de dos milímetros en el adorno de mi regia cabeza.

BOT. Imposible. Acaso sea que el metro se ha desgastado con el uso.

LUC. Ten la seguridad de que si aún no me engañó ya piensa en ello. La crecida de dos milímetros lo dice. Cuando el hecho está a punto de consumarse, pasará de los tres centímetros, y una vez consumado, llegará a un decímetro. Necesito averiguar quién es el miserable en quien piensa mi esposa. A ti te confío la misión.

BOT. Haré cuanto pueda por saberlo.

LUC. Ve a consultárselo a mis adivinos.

BOT. Volando voy, príncipe poderoso. (*Hace mutis por la izquierda.*)

LUC. ¿Será posible? Me resisto a creerlo. Sin embargo, el metro no miente... Veamos. (*Vuelve a medirse.*) ¡Un milímetro más! Un milímetro más, pero fiel todavía. (*Desde este momento va quedándose dormido.*) ¡Ah! Es que si me engañasen los mandaría tirar a la laguna Estigia... Ya veo el agua... Veo cómo se sumergen los cuerpos... Veo el agua... Veo el agua... (*Se duerme.*)

MAN. (*Entrando por el foro y llamando.*) ¡Amadeo! ¿Pero dónde s'habrá metido? ¡Amadeo!

DIA. (*Entrando por la derecha.*) No le llames. La señora Salamandra le ha llevado a su cámara para saber los pecados que tiene en la conciencia. Y, además, procura no gritar: Lucifer duerme.

MAN. ¡Ah! ¿Pero ese es el demonio?

DIA. ¿No le ves los cuernos? Si tienes algún pecado que ocultarle, aléjate antes de que despierte. Tiene puestas las gafas y con ellas atraviesa los cuerpos y ve las almas desnudas. (*Mutis por el foro.*)

MAN. ¡Las célebres gafas del diablo! ¡Con qué gusto me las pondría aunque no fuera más que por unos momentos... Si no me sintiese... (*Se acerca y le quita las gafas.*) Bueno, como sepa que he sido yo, me veo ardiendo, me veo carbonizado... (*Se las pone.*) Me veo... me veo desnudo. Y a Lucifer también lo veo en cueros. ¡Qué viejo está por dentro! ¡Qué piel más negra y arrugada! Si parece increíble... ¡Qué arrugada la tiene! Que... (*Entra la Secretaria.*) ¡Qué cuerpo! ¡Viva la madre que la trajo al infierno!

SEC. Silencio...

MAN. ¡No me da la gana!

SEC. Vaya unas formas.

MAN. Eso digo yo, vaya unas formas.

SEC. Bastante feas.

MAN. Que se cree usted eso.

SEC. ¿Pero de qué hablas, desdichado? ¿Por qué me miras así?

MAN. ¿Es de usted todo eso?

SEC. Calla de una vez. (*Se acerca a Lucifer.*)

MAN. ¡Mi reverenda abuela, qué líneas!

SEC. (*Registrando a Lucifer.*) ¿Dónde estará el metro? No, esto es un cuaderno de apuntes. ¿Lo tendrá aquí?

MAN. ¿Quién puede tener mejor línea?

SEC. ¡El metro! (*Quitándosele a Lucifer.*)

MAN. ¿Cómo?

SEC. El metro, que ya está aquí el metro.

MAN. Pues dígame dónde se toman los billetes, porque como se entere el demonio de la partida que le estoy jugando...

SEC. Pues como sepa la que le he jugado yo... Ajajá. (*Guardándose el metro y sacando otro mayor.*) Ahora le pongo este en el bolsillo. (*Lo hace. A Manolo.*) Ven, vamos a buscar a tu compañero. (*Llegan al foro.*) Ahora no hay más que cambiarle el metro de cuando en cuando.

MAN. (*Cuando van a hacer mutis.*) ¡Arrea!

SEC. ¿Qué pasa?

MAN. Que está ahí la Salamandra esa.

SEC. Bueno. (*Avanzando.*)

MAN. (*Deteniéndola.*) Es que está con Amadeo.

SEC. No importa.

MAN. Es que se están abrazando... (*En este momento, los cuernos de Lucifer empiezan a crecer notablemente.*)

SEC. Vamos, vamos. Pedro Botero viene y no debe encontrarnos aquí.

MAN. (*Gritando.*) ¡Amadeo, que vamos! (*Hace mutis por el foro con la Secretaria.*)

BOT. (*Entrando por la izquierda.*) Señor, señor...

LUC. (*Despertando.*) ¿Qué ocurre?

BOT. Los adivinos dicen que Salamandra piensa ser te infiel con un hombre recién llegado de la tierra.

LUC. ¡Miserable! Y acaso me haya engañado ya... Ven conmigo. Pero antes déjame que sepa si el delito es un hecho. (*Se mide suavemente.*) ¡Fiel! ¡Fiel todavía! (*Hacen mutis por la izquierda, la Secretaria se asoma por el foro.*)

SEC. Ya se fueron, señora. (*Entra en escena; la siguen Salamandra, Amadeo, Manolo y el Diablillo.*)

SAL. No hay tiempo que perder. Acabaría por averiguarlo. Mientras lo decidimos, es preciso cambiarle otra vez el metro que tú le pusiste, por este otro. (*Sacando otro metro mayor.*)

DIA. Yo me encargo de ello. (*Salamandra le da el metro, y el Diablillo hace mutis por la izquierda.*)

SAL. Ahora, a la tierra, a escapar de su furor, a divertirnos...

AMA. Bueno, me ha resultado más flamenca que si hubiese nacido en Cabestreros.

SAL. Que dispongan el Metropolitano infernal. Vamos a llevarnos para el viaje los mejores guías que existen.

MAN. ¿Quiénes?

SAL. Los pecados capitales.

MÚSICA

SALAMANDRA, SECRETARIA, AMADEO, MANOLO y LOS SIETE PECADO

Número 5. Los siete paños de la decoración indicados en el cuadro, se levantan o caen, dejando al descubierto unos huecos luminados, donde aparecen siete mujeres (lo mejorcito que haya representando a los pecados capitales; sobre cada hueco se leen en carteles luminosos, los nombres de los pecados. Cuando éstos han terminado de cantar, entra el Diablillo por la izquierda.

PECADOS. Aquí tienes los siete pecados
que mandaste, señora, llamar;
si a la tierra queréis ser llevados,
por nosotros dejáros guiar.

LUJURIA. Aquí está la lujuria,
la hermana del amor,
la sola soberana
del mundo pecador.

PECADOS. Avaricia, pereza y envidia
su homenaje te quieren rendir.
La soberbia, la gula y la ira
como esclavas te van a servir.

LUJURIA. Venid a disfrutar;
seguidme sin temor
a gozar del mundo pecador.
Yo te haré, pecador,
gustar las delicias del amor.
Te podré demostrar
que no existe goce
como el de pecar.

RECITADO

DIA. Hice lo que mandaste. El metro está cambiado sin que lo advirtiese.

SEC. Y el Metropolitano infernal, dispuesto a partir.

SAL. ¡En marcha!

TODOS. ¡En marcha!

MAN. Bueno, mis ojos se están dando una ración de vista que voy a tener que mandar las niñas a las Arrepentidas. (*Hacen mutis todos; la orquesta toca bajo.*)

LUIC. (*Saliendo. Sus cuernos han crecido más.*) ¡Salamandra! ¡Esposa mía! Uf, estoy reventado de correr en su busca. ¿Si se esconderá ya, temerosa del castigo? ¿Si habrá delinquido? Veamos. (*Saca el metro que Salamandra dió al Diablillo.*)

La cortina o telón del foro se descorre y se ve atravesar el metropolitano infernal, donde van Salamandra, Amadeo, Manolo y los Pecados Capitales.

LUC. (*Reditado. Midiéndose los cuernos.*) ¡Fiel! ¡Siempre fiel!

TELÓN

CUADRO CUARTO

Algunos pecadores y muchas pecadoras. Fantástico cabaret en la tierra. Practicables el foro y los laterales.

HABLADO

SAL. (*Entrando por el foro vestida de baile, y acompañada de Amadeo, de Manolo y de la Secretaria.*) La Gula y la varicia nos han conducido a este sitio, del que dicen ser reinas. firman que éste es uno de los sitios de diversión en la tierra.

AMA. Por lo menos, se come de lo lindo.

SAL. Gula.

MAN. (*Que mira por uno de los laterales.*) Y se juega hasta en la cocina.

SAL. Avaricia. (*Se sientan, y palmotean.*)

CAM. (*Una muchacha descoyuntante y ligerita de ropa.*)
Qué va a ser?

MAN. (*Poniéndose las gafas.*) ¡Va a ser el delirio!

AMA. ¿Pero cómo harán esto?

MAN. Ya, ya... ¡Y puede que esté hecho a oscuras!

SEC. No la mires tanto. ¿Es que vale más que yo?

MAN. Te diré...; como valer, no es que valga, pero... ¡tiene suyo!

AMA. ¡Ya lo creo que lo tiene!

MAN. Que lo tiene. ¡Que lo estoy viendo yo! ¡Que lo estoy viendo, que lo estoy viendo!

CAM. Dígame lo que van a tomar, porque tengo mucha risa.

MAN. ¿Y qué tienes tú que hacer, apisonadora? (*La toca.*)

CAM. Estése quieto, que soy una muchacha decente.

AMA. Mira, qué lastima, tan joven y ya decente.

SAL. ¿Decente? Este alma necesita pervertirse y yo me encargo de ello.

CAM. Además, tengo novio.

MAN. ¿Y quién es tu novio, cabaretística monada?

CAM. Un chico de Canarias que toca la flauta en el sexteto.

AMA. ¿Qué dice?

MAN. Que su novio es un canario flauta.

SEC. Parece una inocentona. Es necesario ganar almas para el infierno. ¿Quieres enseñarnos el 'tocador'?

CAM. Con mucho gusto. Pasen ustedes por aquí. (*Hacen mutis por la derecha las tres.*)

AMA. Estoy que no me llega la camisa al cuerpo, porque Lucifer ha dado con nuestra pista y nos encuentra... No quiero ni pensarlo.

MAN. De la primera mirada te chamusca.

AMA. ¿Quién me iba a decir a mí hace cinco meses, cuando estaba rodando por las alcantarillas, que yo tenía que enganchar al demonio?

MAN. El tiene la culpa. ¿Para qué se ha casado con una mujer joven y guapa?

AMA. Al demonio se le ocurre.

MAN. Pues si tú les has quitado la mujer, yo le he quitado otra cosa. (*Le enseña las gafas.*)

AMA. Pero, ¿te has traído las gafas del diablo?

MAN. Y poquitas cosas que voy a ver con ellas en la tierra. (*Mirando a una tanguista.*) ¡Ay, Amadeo! ¡Sujétame, que me desvanezco!

AMA. Pero, ¿qué te ocurre?

MAN. ¿Ves aquella pelirrubia que está sentada al lado de aquella morenucha?

AMA. Sí.

MAN. Pues tien un lunar así de grande.

AMA. ¿Dónde?

MAN. Allí mismo.

AMA. A ver, a ver. (*Le quita las gafas.*) Yo veo muy mal con esto; ¿dónde dices que tiene el lunar?

MAN. Allí.

AMA. ¿En el cuello?

MAN. Más abajo.

AMA. ¿En el pecho?

MAN. Más abajo.

AMA. En...

MAN. Más abajo. Trae que limpie las gafas. (*Pasa su pañuelo por los cristales.*) ¿Lo ves ahora bien?

AMA. Ahora veo al pelo.

MAITRE. (*Avanzando.*) Señores, va a empezar la partida de caballitos.

MAN. ¿Vamos a probar fortuna, Amadeo?

AMA. Todo será que arruinemos a doña Salamandra. (*Hacen mutis los dos.*)

(Aparecen varias segundas tiples simulando caballitos. La gorrera o casquete que llevan es una pequeña cabeza de caballo con sus orejitas. Llevan arreos de cintas y en la espalda unos muñecos vestidos de «jokeys», que se asoman a sus hombros según requiera la evolución, pues sostienen unas riendecitas que se unen a las manos de las tiples y que ellas manejan a su capricho. Al terminar el bailable y hacer mutis los caballitos, salen Manolo y Amadeo, locos de contento, por donde hicieron mutis.)

HABLADO

MAN. (Contando billetes.) Cuatro mil, cinco mil, seis mil...

AMA. Bueno, chico es que tienes más sombra que un rasca-cielos. (Se les acercan varias tanguistas.)

MARG. ¿Sois vosotros los que habéis ganado?

AMA. Eso parece.

MARG. Chicas, sentarse.

TAN. 2.^a Buenas noches.

AMA. Muy buenas.

MAN. (Poniéndose las gafas.) ¡Pero qué buenísimas!

AMA. ¡Y dale tiza! Si yo no me equivoco!, ésta es la María.

MAN. ¿Qué María?

AMA. La hija del carpintero Isidro Gracia; la que nos encontramos cuando nos metimos en el pozo por donde fuimos al infierno.

MARG. ¿No os acordáis que os dije que estaba en un cabaret? Soy artista de varietés. Trabajo en la revista. En la que hacen esta noche.

MAN. ¿Y qué haces?

MARG. La mar de papeles. Cambio de traje lo menos veinte veces.

AMA. ¿Y aquí cómo te llamas?

MARG. Me llaman la «Frégoli».

AMA. ¿Por qué?

MARG. Por las muchas veces que tengo que desnudarme por la noche.

MAN. ¿Y a ti cómo te llaman?

TAN. 2.^a A mí me llaman «El Patio de Cristales».

AMA. Si será frágil...

MARG. La llaman así porque ha tenido en un año veintiseis concejales.

MAN. Pues aprobada por mayoría de votos. ¿Y de dónde sois?

TAN. 2.^a Yo soy de Tánger.

MAN. ¡Mira qué mora!

TAN. 3.^a Yo soy de Judea.

MAN. ¡Mira qué judía!

TAN. 4.^a Y nosotras de Las Navas.

MAN. ¡Mira que... mira que monas!

AMA. ¿Y aquéllas de aquella mesa?

TAN. 1.^a Aquellas son moras, como yo.

AMA. Pues las quiero todas para mí.

MARG. ¡Te van a hacer daño!

AMA. A mí las moras nunca me han hecho daño.

MAN. Vaya, sentarse y tomar lo que queráis.

CAM. ¿Qué desean?

TAN. 4.^a A mí un pepito, un doble dorada, café con leche y dos suizos. ¡Estoy más desganá!

AMA. Pues el día que tengas apetito vas a tener que cenar con Roschil.

TAN. 1.^a A mí un doble y una ración de patatas.

CAM. ¿A la inglesa?

AMA. Natural, como que si las pide con bacalao, va a pagar un tío suyo.

MAN. Y qué, ¿estáis contentas en esta casa?

TAN. 2.^a Se saca poco.

TAN. 1.^a Nos dan diez pesetas y los corchos.

MAN. ¿Y para qué queréis los corchos?

TAN. 1.^a Pues gracias a los corchos vamos saliendo a flote.

MAN. Pues no lo entiendo.

TAN. 2.^a Es que de cada botella que hacemos descorchar nos dan el diez por ciento.

AMA. ¿Y descorcháis muchas?

TAN. 2.^a Hay días de dos docenas.

AMA. ¿Pero vosotras de qué estáis: de tanguistas o de saca-corchos?

TAN. 1.^a Pues si no fuera por eso, hay noches que nos quedaríamos a oscuras.

MAN. ¿A oscuras con tanto tapón?

AMA. ¿Y tú no me querrías a mí por novio?

TAN. 1.^a Ni hablar de eso.

MAN. ¿Y tú a mí?

TAN. 2.^a Yo pico más alto.

MAN. Por mí como si picas desde la andanada.

MAIT. (*Avanzando.*) Señores, mientras comienza la partida de ruleta, voy a tener el gusto de presentaros un pintoresco número argentino. ¡Atención! La Gauchada. Tango.

MAN. A mí esto del tango no me va. Vamos a ver si hay valdepeñas en el Bar Americano. (*Hacen mutis los dos.*)

MÚSICA

(*Aparecen varias segundas triples vestidas de gauchos y gauchas, que bailan, mientras la Pampera canta el siguiente número.*)

PAM. Yo nací en la Argentina,
 TODOS. ¡¡Ché!!
 PAM. La pampa me vió nacer;
 hija soy de una china,
 TODOS. ¡¡Ché!!,
 PAM. y un gaucho mi padre fué.
 A la pampa llegó
 quien de amores me habló.
 Sus palabras escuché,
 con él me llevó,
 la pampa dejé.
 TODOS. La pampa dejó,
 en pos del amor se fué,
 y ya no logró
 de nuevo volver.
 PAM. Mi cariño yo le entregué;
 con él mi vida
 quise siempre unir;
 pero el hombre que yo adoré
 con sus desvíos
 ha roto ya mi vivir;
 sola ya en el mundo me vi;
 ahora, con profundo dolor
 pienso que las pampas dejé
 para ser flor de «cabaret».
 (*Al estribillo.*)

HABLADO

LUC. (*Entrando muy cabizbajo, de abrigo y sombrero de copa.*)
 Nada. No los encuentro. Y los estoy buscando desde anoche, que
 salí del infierno. Me han robado 'a mujer, me han robado las gafas...;
 tengo un disgusto... Voy a ver si me dan algo de comer, porque
 estoy debilísimo. Al salir del infierno, Pedro Botero me hizo comerme
 a la fuerza un huevo duro. ¡A quien se le diga que estoy desde
 anoche con un huevo duro no lo cree!

CAM. (*Acercándose.*) ¿Qué desea tomar?

LUC. Un bistek con patatas y una botella de agua de Cabreiroá.
 (*El Camarero se retira.*) Los he buscado por todos los cines, por
 todas las fondas, por todos los cabarets... ¡Y he visto una de cosas!
 ... Vamos, que estoy avergonzado. En mi vida consentiría yo eso
 en el infierno. ¡Pero qué poca vergüenza hay en la tierra! ¡Qué
 señoras! ¡Y cómo van! Al entrar aquí he visto una con un

descote que la pueden operar de apendicitis sin desabrocharla vestido. Si estuvieran aquí... Indagaré. (*Volviéndose a la mesa donde están las tanguistas.*) Buenas noches, virtuosas jovencitas

TANS. (*Levantándose como rayos y sentándose todas en mesa de Lucifer.*) Buenas noches.

MARG. ¿Qué hace usted aquí tan solo?

LUC. Me estoy cabreiroando.

TAN. 1.^a Vamos a hacerle a usted compañía.

LUC. ¡Demonio, qué finas!

TAN. 1.^a Nosotras somos muy finas y muy educadas.

TAN. 2.^a Como manda Dios.

LUC. (*Dando un salto.*) ¡Ah!

MARG. ¡Rediez, qué susto!

LUC. No es nada. Es que padezco ataques nerviosos, y claro de vez en cuando..., salto.

TAN. 2.^a ¡Ave María Purísima!

LUC. (*Dando otro salto.*) ¡¡Ah!!

MARG. ¿Otra vez?

LUC. Sí..., otro salto.

CAM. (*Después de servir a Lucifer.*) ¿Ustedes toman algo?

MARG. Trae champagne para todas y una fuente de ostras (*Lucifer, que traía el rabo sujeto a la cintura y oculto por el gabán, al sentarse lo ha dejado caer al suelo, y el Camarero, al pasar, lo pisa.*)

LUC. ¡Ay!

MARG. ¿Otra vez el ataque?

LUC. No; ahora es que me ha pisado ese elefante.

TAN. 2.^a ¿Algún callo?

LUC. No, señorita; el rabo.

MARG. ¿El rabo? ¡Qué tío grosero!

LUC. Y díganme ustedes: ¿han visto por casualidad dos hombres medianamente trajeados con una señora con cuernos?

MARG. ¿Una señora con cuernos?

TAN. 2.^a Habrá tantas.

LUC. No, no...; éstos de que yo hablo se ven a simple vista.

TAN. 1.^a ¡Qué gracioso!

MARG. ¡Este tío es el demonio!

LUC. ¿En qué me lo ha conocido usted?

MARG. Nada, que es el único para una juerga.

LUC. Soy el demonio; pero en la tierra creí que pasaría desapercibido.

TAN. 4.^a (*A las otras.*) ¡Bueno, tiene una tajá!...

MARG. Como para dormir tres días seguidos.

TAN. 2.^a Pues aprovéchate, y no seas tonta.

MARG. Tienes razón. Voy a ver cómo tiene la cartera. Entreténle tú mientras.

TAN. 2.^a ¿De modo que decía usted que una señora con ternos?

LUC. Justo.

TAN. 2.^a Pues sí, señor; aquí ha estado.

LUC. ¡Por fin! ¿Y dónde están, dónde están?

TAN. 2.^a Verá usted...

MARG. (*Que ha logrado quitarle la cartera a Lucifer.*) Ya la esqué. Y que está bien repleta.

LUC. Eso es. Una mujer morena, agraciada, algo llenita.

MARG. (*Mirando la cartera.*) Llenita del todo, sí, señor. (*Se guarda.*)

LUC. ¿La ha visto usted bien?

MARG. La eché una ojeada; pero luego la veré del todo...

LUC. Pero ¿piensa usted verla? Díganme, díganme dónde... (*Echándose mano al bolsillo de la cartera.*) Yo las daré a ustedes...

MARG. (*Sujetándole la mano.*) ¡No!...

TAN. 2.^a ¡De ninguna manera! ¡No faltaba más!

MARG. No queremos gratificación ninguna.

LUC. Pero si es que...

MARG. Vaya, o deja usted quieta esa mano, o nos da usted un disgusto.

LUC. ¡Qué muchachas más finas! Si quedase citado para luego con una... (*A la Tanguista 4.^a*) ¿Podía usted esperarme dentro de una hora?

TAN. 4.^a Donde usted quiera.

LUC. Pues en la esquina de la calle.

TAN. 4.^a Pues hasta dentro de una hora.

MARG. (*A la Tanguista 4.^a*) Pero ¿qué haces?

TAN. 4.^a También tengo yo derecho a sacarle lo que pueda.

MARG. Pues me parece que vas a sacar muy poca cosa.

TAN. 2.^a (*A Lucifer.*) Nosotras, con su permiso, nos retiramos.

MARG. Usted espere aquí, que no tardará en venir la persona que busca.

LUC. ¿Cree usted?...

MARG. No se mueva, y aguarde, que en seguida volveremos. (*Margot y las Tanguistas hacen mulis.*)

LUC. Esperaré lo que sea preciso. (*Salen Manolo. Amadeo y Salamandra.*)

AMA. ¿Lo ves, Manolo?

SAL. ¿Qué ha ocurrido?

AMA. Este, que se ha empeñado en jugar, y lo ha perdido casi to.

SAL. No importa. Mañana tendremos más dinero, y por mucho que gastemos hoy, yo tengo bastante en el bolsillo.

MAN. (*Aparte.*) Que se cree ella eso.

SAL. Y vámonos ya de aquí, porque nos esperan la Ira y Envidia.

MAN. Dejadme que pague antes en esa mesa, donde queda a deber un piquillo.

AMA. Oye, tú, que hay sentao un caballero.

MAN. Hombre, me gusta. ¿Veo que la mesa está servida y se apodera de ella? Ahora verás tú. (*Acercándose a Lucifer.*) Caballero...

LUC. ¿Quién? ¡Ah! ¡Salamandra!

SAL. ¡Mi marido!

MAN. ¡El demonio!

LUC. ¡Os abraso vivos!

AMA. Sujetadle.

CAM. (*Sujetando a Lucifer.*) Aquí no arme usted escándalos

MAN. (*En la puerta.*) ¡Guardias! ¡Guardias!

LUC. ¡Suélteme usted o lo elimino! (*Se suelta del camarero.*)

MAI. ¡Cogedle, que se va sin pagar! (*Entrán por el foro un Policia y dos Guardias.*)

POL. ¡Alto a autoridad!

SAL. (*A Manolo y a Amadeo.*) Escapemos nosotros. (*Hacen e mutis los tres por el foro.*)

POL. ¿Qué sucede?

MAI. Ese caballero, que ha armado un escándalo para marcharse sin pagar.

POL. ¿Quién es usted?

LUC. ¡El demonio.

POL. Bueno, tiene usted una mona, como para meterla en una jaula. Guardias, llévenle a que la duerma en la Comisaría.

CAM. Bueno; ¿pero y la cuenta?

POL. Abone lo que deba.

LUC. Sí, señor, abonaré lo que usted quiera. (*Notando la falta de la cartera.*) ¿Eh?... ¿Pero qué es esto?... ¡Mi cartera!... ¡Me han robado la cartera!...

POL. ¡Ah, vamos!... Conozco el truco. Es el viejo procedimiento de los que quieren comer gratis. ¡A la Comisaría!

LUC. Pero...

POL. Y si resiste, átele codo con codo.

LUC. ¿A mí? ¿Atarme a mí? Ya nos veremos las caras en el infierno.

POL. Bueno, tiene una toquilla que más que una toquilla es un felpudo. (*Los guardias se apoderan de Lucifer, y aunque él se resisten, acaban llevándose por el foro.*)

LUC. (*Haciendo mutis.*) El infierno, comparado con esto, es una Benéfica Kermesse... (*Se oyen gritos dentro.*)

CAM. ¿Qué son esos gritos?

MAI. Los pollos que vienen al Bar Americano con la poderosa.

CAM. ¡Ah, sí! Los pollos tablas.

MÚSICA

- POLLO 1.º Ya la cogí;
ya la agarré.
- POLLOS. Qué tabla hemos pescado
en el cabaret.
- POLLO 1.º Ya la cogí;
- POLLOS. ¡ay, qué tablón!
Yo traigo una toquilla
que es un edredón
de vino tinto con sifón;
qué borrachera hemos pescao;
a usted le veo duplicao.
- POLLO 1.º Ya la cogí;
- POLLOS. ¡ay, qué tablón!
Yo traigo una merluza
que es un tiburón.
- POLLO 1.º Pollo tabla, te diviertes
cuando coges el tablón,
y si soplas, todos dicen:
«Este pollo es un soplón»;
pollo tabla, ten cuidado
no te pegues un traspies,
que te pones, si lo pegas,
las narices al revés.
- TODOS. Pollo tabla, te diviertes
cuando coges el tablón.
- NIÑO. (*Saliendo vestida de frac y simulando una gran borrachera.*)
Y si soplas, todos dicen:
«Ese pollo es un soplón».
- (*Al estribillo. Mutis y mutación.*)

CUADRO QUINTO

«POR FUMAR EN PIPA»

Fantástico fumadero de opio. Las fumadoras, de diferentes países, echan al aire los humos de los depósitos de opio, sentadas las unas en almohadones en el suelo, acostadas las otras en hamacas que se mecen en suave vaivén. Entre ellas están Kety Kytte y Silvia. María, la tanguista del primer cuadro, está también.

Entran MANOLO y AMADEO.

MAN. Aquí nos dijo la Pereza que al entrar veríamos uno de los lugares más típicos de su negociado.

AMA. Y tenía razón, porque no hay una sola que no esté acostada.

MAN. También nos dijo la Lujuria que aquí tenía un papel principal.

AMA. Ya lo veremos luego.

MAN. Bueno, perezosas señoritas, hágannos el obsequio de decirnos ande nos encontramos.

AMA. Conque explíquense las dormilonas.

MAR. (*Avanzando.*) Estais en el Paraíso Artificial.

AMA. Oye, tú. Que estamos en el Paraíso.

MAN. Menos mal, porque lo que es para ir a butacas no venimos vestidos.

AMA. ¡Y daie tiza! Si también está aquí la María.

MAN. Es verdad...

MAR. Ya os dije que estaba en el Paraíso Artificial.

MAN. ¿Y aquí qué se hace?

MAR. Fumar opio. ¿Queréis un poco?

AMA. ¿Y cómo están toas esas acostás?

MAN. (*Poniéndose las gafas.*) Están que dan el opio. Y a mí ya me lo han dao, porque fíjate en esa morucha.

MAR. Está borracha de tanto fumar.

MAN. ¿Y de dónde es?

MAR. De Hungría.

AMA. ¡Húngara tenía que ser para tener esa mona!

MAR. Las hay de todos los países: inglesas, griegas, turcas, alemanas...

AMA. ¿A ti qué te parece?

MAN. A mí que me traigan una chica alemana, que luego cogeré la turca.

MAR. (*Presentándole a Kety Kytte.*) ¿No te gusta esa inglesa?

MAN. Ya lo creo que me gusta. ¿Cómo te llamas?

KETY. Kety Kytte.

AMA. ¿Cómo?

MAN. Que te quites y la dejes pasar.

MAR. ¿Quieres acaso una de Siberia? Pues aquélla es siberiana.

AMA. Será Severiana.

MAR. Siberiana.

MAN. Cómo se conoce que no hablan castellano. ¿Y ésta dónde es?

MAR. Romana.

AMA. ¿Quién ha dicho que es?

MAN. Una a quien la llaman la Romana.

LIV. Es que he nacido en Roma.

MAN. ¿Será musolinista? (*Poniéndose las gafas.*) Pues la amiga no la lleva negra.

LIV. Soy de la tierra de las siete colinas, de las columnas del foro, del Capitolio y del anfiteatro.

MAN. Ya, ya veo las colinas por arriba y por abajo las columnas. ¡Ay, Amadeo!

SAL. ¿Qué te ocurre?

MAN. Que me parece que veo el Capitolio.

AMA. ¿Y el anfiteatro?

MAN. Menuda delantera!

LIV. Pues todo ello es natural. Natural el pelo, natural la cara, natural el sonrosado del cuello, natural...

MAN. Basta, que lo de más abajo no puede ser natural.

LIV. ¿Por qué?

MAN. Porque es de pecho.

AMA. ¿Y tienes novio?

LIV. El rey del alambre.

AMA. ¿Un artista de circo?

LIV. Un multimillonario.

MAN. ¿Y no me cambiarías por ese rey?

LIV. A mí me gustan mucho los españoles.

MAN. Sabes que no está pesá la romana...

LIV. Si me quisiera un español me volvería loca.

AMA. Y si no te gusta alguno de sus gestos, loquita.

MAN. ¿Cómo?

AMA. Lo quita y pone otro, porque ella no está aquí más que para servirnos.

MAN. Pero, a todo esto, ¿dónde están doña Salamandra y doña Secretaria?

MAR. Se han quedado en otro salón fumando opio.

AMA. Y eso de fumar opio, ¿está bueno?

MAR. Superior. ¿Queréis probarlo?

MAN. Por mí no hay inconveniente.

LIV. Sentaos aquí y fumad, que soñaréis cosas deliciosas.

MAR. (*Llamando.*) ¡A ver! Dos pipas para éstos. (*Manolo y Amadeo se miran asustados.*)

MAN. ¡Oye, Amadeo! ¿Qué es lo que ha pedío?

AMA. Tú, ohupa y calla.

MAN. Es que estoy hecho un taco.

AMA. ¡Y dale tiza! (*Unas mujeres sacan las pipas de o y ellos se disponen a fumar, cogiendo la larga goma del apar*

MAN. Ten cuidao, Amadeo, que nos van a enchufar el gas

AMA. ¡Menudo biberón!

MAR. Callemos, y soñemos.

AMA. Como no me canten una nana, lo veo muy difícil. ¿Y tú, te duermes?

MAN. Yo que voy a dormir, si con tanta mujer estoy me desvelao que una lamparilla.

AMA. Pues yo no sé qué siento; pero me parece que me mecho de la tierra y que subo..., que subo..., ¡que me voy, Manolo!

MAN. Oye, oye,. Si te vas, déjame algún dinero, que no quiero compromisos.

AMA. Manolo, que me duermo...

MAN. Y yo también. Qué bien sabe esto; parece un caramelo

MAN. Un caramelo de los Alpes.

AMA. ¡Los Alpes! Ya veo sus montañas nevadas. ¡Qué mujeres! ¡Y que son de abrigo!

MAN. ¡Fíjate en la nieve!

AMA. Y parece que bailan. ¿Qué es? ¿El charlestón? ¿El paso del camello?

MAN. No; es un baile nuevo: el paso de los Alpes.

MUTACIÓN EN OSCURO

CUADRO SEXTO

«EL PASO DE LOS ALPES.»

Un telón corto representando un paisaje nevado.

Por butacas entran las Alpinistas, vestidas de pieles blancas con unos pequeños «skeis» por zapatos y regatones en las manos. Bailan, según avanzan, sobre una esterilla de madera. En el escenario aparecen vestidos lo mismo y bailando sobre otra esterilla larga, atados por una larga cuerda, Salamandra, la Secretaria y Manolo. De no poder hacer este número Manolo, porque no supiera bailar el actor que lo represente, o porque no le diera tiempo a vestirse, bailarán solamente Salamandra y la Secretaria. En Madrid lo bailó el señor Bori, que ya sabemos que, además de ser un buenísimo actor, es un formidable bailarín. Nuestro agradecimiento será matusalénico. Y sigamos con el número; de pronto, de las crestecillas de las montañas y de los caminitos, van saliendo Alpinistas, que bailan.

SALAMANDRA, SECRETARIA, MANOLO y TIPLES SEGUNDAS.

MAN. Este paso de los Alpes
 es un baile colosal.
 Se baila en Washington,
 Pekín, Londón y Alcorcón,
 ¡guá guá, guá!
 Este pasó de los Alpes
 es un baile colosal;
 lo inventó un explorador que fué
 saxofón en Ciudad Real.

¡Ay!

(Todos repiten. Al terminar el número vuelve a hacerse el obscuro y aparece otra vez el fumadero de opio.)

HABLADO

LUC. (Entra por la derecha hecho una lástima. Trae la corbata deshecha, el cuello desabrochado y la chistera arrugadísima. Trae la cara llena de golpes y arañazos, y en una mano un maletín abierto, por donde asoman corbatas y pañuelos.)
 ¡Mi endemoniada madre, qué paliza me han dado! Apenas me cogieron aquellos hombres uniformados y aquel señor de la java, me llevaron ante un caballero que estaba sentado en su despacho y que me preguntó autoritariamente: «¿Cómo se llama usted?» No hice mas que contestarle que me llamaba Lucifer, y mandó que me diesen a oler seis litros de amoníaco. Yo protesté y me arrearon una solfa... Bueno; pues cuando acabaron los de la solfa, empezó el de la java, y continuó la solfa. ¡Y hay que ver cómo me han puesto! No estoy en la tierra ni cinco minutos más. ¡Camará con el planetita! Yo cuento en los infiernos lo que hacen aquí con la gente, y no lo creen. (Viendo a Amadeo.) Pero, ¿qué veo? ¡Ellos! ¡Ellos aquí! Pues ahora ahora me las pagan. (Zaradeándole.) ¡Arriba, miserable!

AMA. (Despertando.) ¿Qué hora es? ¿Ha venido el lechero?

LUC. ¡El que ha venido soy yo!

AMA. ¡Arrea! ¿Y Manolo?

MAR. (Acercándose.) Fué en busca de Salamandra.

LUC. ¿En busca de mi mujer?

MAR. Pero, ¿quién es este hombre?

AMA. ¡Lucifer!

MAR. ¿Lucifer?

LUC. ¡Os martirizaré, os sacaré los ojos, os encerraré a cada uno con un perro rabioso!

AMA. Pues mira, no es tan malo como dicen.

MAR. ¿Por qué?

AMA. Porque nos va a dejar ciegos, pero nos pone un perro al lado para que hagamos negocio.

LUC. ¡Mis gafas! ¡Mi mujer! ¿Dónde está Salamandra?

AMA. ¡Pero, don Lucifer!

SAL. (*Saliendo seguida de Manolo y de la Secretaria*) ¿Qué pasa?

LUC. Ven, ven aquí. ¡Demonia coqueta!

MAN. ¡Arrea! ¿Dónde hay un burladero?

SAL. ¡Ah! ¡Me insultas! ¡Me insultas, después de los trabajos que me tomo para ganar almas para el infierno!

LUC. ¿Cómo?

SAL. (*A Secretaria.*) El metro. Quítale el metro. (*La Secretaria lo hace sin que Lucifer se entere.*) Al huir con estos hombres no traté más que de pervertirlos, y tú mismo acabas de sorprenderlos en brazos de la pereza.

LUC. ¿No me engañas?

SAL. Pregúntaselo al metro.

LUC. Tienes razón. (*Lo busca en vano.*) ¿Eh? ¡Lo he perdido! ¡Vámonos al infierno, vámonos!

MAN. Pero, ¿cómo se va usted a marchar si ha perdido el metro?

AMA. Se irá en autobús.

SAL. Tienes razón. Volvamos a nuestro reino y llevémoslos a estos pecadores.

AMA. Pero...

SAL. ¡Cállate. (*Aparte.*) (Estarás a mi lado y nos veremos a menudo.)

AMA. (*Aparte.*) (A menudo paso me voy a largar en cuanto pueda.)

SEC. (*A Manolo.*) Y tú, minino mío, ¿te quieres venir con tu gatita?

MAN. Yo voy con mi... felina a todas partes.

SEC. Serás mi diablo y ya verás las diabluras que hacemos.

MAN. Yo seré tu diablo, pero cuidadito con cambiarme el metro.

LUC. ¡Pues al infierno! Y desde hoy vamos a vivir como en la tierra, porque os lo voy a convertir en un verdadero cabaret.

SAL. ¡Así se gobierna! Inauguremos nuestra nueva vida con el baile de moda: «El charlestón infernal».

APOTEOSIS

Decoración infernal a gusto del pintor.

MÚSICA

Charlestón infernal.

Salen todas las segundas tiples con trajes a capricho.

SEC. Bailemos todos en los infiernos
SAL. la danza loca del charlestón,
moved los rabos, moved los cuernos,
el caderamen y el esternón.
Es una danza climatérica
que a la mujer la vuelve histérica.
Bailemos todos, en los infiernos,
la danza loca del charlestón.
Charlestón, charlestón infernal
la descoyuntación de las extremidades
charlestón, lo bailes bien o mal
harás con él el oso en pueblos y ciudades.

TODOS. Bailemos todos,
en los infiernos, etc.

(En el foro, sobre un trono, Lucifer; a sus pies, Secretaria y Manolo, y detrás Amadeo y Salamandra, que se abrazan. Los cuernos del Diablo crecen, crecen, crecen...)

TELÓN

TOMAS LUCENO

Es de vidrio la mujer...

o

El curioso impertinente

NOVELA DE CERVANTES, VERSIFICADA
Y ADAPTADA A LA ESCENA

PERSONAJES

CAMILA

LEONELA

ANSELMO

LOTARIO

UN EMBOZADO (no habla).

La acción en Florencia.—Siglo xvii.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Sala bien amueblada al estilo florentino. Puertas laterales dos a cada lado, balcón en el foro. Cuadros, etc., etc. A uno de los lados del balcón una panoplia. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ANSELMO Y LEONELA; él sentado en el sofá o diván, ella de pie.

ANSELMO. Tan pronto como Lotario pise el umbral de esta casa, hazle subir, y le dices que no es preciso que vaya a saludar a mi esposa; que luego irá a visitarla, porque antes quiero tratar con él cosas de importancia y me corre prisa el verle.

LEONELA. Lo haré, según me lo mandas, que para mí la obediencia es obligación sagrada.

ANSELMO. (*Suavemente, sin enfadarse.*)
Y si al fin te decidieses a no pronunciar palabra

cuando se te da una orden,
iueras digna de alabanza ;
que obedecer sin hablar
es ser perfecta criada.

ONELA. Pides, señor, imposibles ;
pues la que obedece y calla,
o es muda de nacimiento,
o no sabe ser criada.

En fin, me echaré tres puntos
a la boca, y si no bastan,
dando puntos me estaré
mientras no me digas : *para.*

*(Aparte. Haciendo mutis por
segunda derecha. Anselmo queda
sentado y profundamente pensa-
tivo, con la cabeza entre las
manos.)*

¿Qué tendrá?... Quiere a su esposa ;
ella con pasión le ama,
y pensativo está siempre
sin que sepamos la causa.
Qué bien dijo aquél que dijo
que un misterio es cada casa,
y cada cerebro un mundo
de cosas buenas y malas.

(Vase primera derecha.)

SELMO. De Lotario no más fiarme debo ;
él mi secreto guardará en su alma,
y de esta angustia que mi vida aflige,
sabrà librarme su amistad probada.
Es mi amigo mejor ; con él unido
estuve muy feliz desde mi infancia.
La misma edad, de hacienda semejante,
su bolsa para mí nunca cerrada ;

mi voluntad, para él no discutida,
a la suya se vió siempre ajustada.
Digno le creo, pues, de que mi pecho
a su prudencia y honradez se abra.

LOTARIO. *(Por la segunda derecha.)*

Buenos días, Anselmo. Aquí me tienes.
Algo grave sucede, pues me invitas
a venir a tu casa tan temprano.
¿Está enferma Camila?

ANSELMO. El enfermo soy yo, mi buen Lotario.
La salud de ti espero... Oye y medita
después que brevemente yo te explique
el dolor que mi alma mortifica.
Amo a mi esposa con delirio inmenso.
Diera por ella mi existencia misma ;
Mas yo quiero probar si es tan honrada
como mi amor creciente la imagina.

LOTARIO. Con asombro te escucho. En tus palabras
algo noto que ofende y horroriza.

ANSELMO. Prepárate a escuchar del labio mío
el pensamiento que Satán me inspira.

*(Breve pausa. Anselmo mira
uno y otro lado, y al fin se de-
cide a declarar su pensamiento
Lotario, aunque previendo la re-
puesta que de éste ha de obtener.)*

Quiero que la enamores ;

(Asombro en Lotario.)

que una pasión volcánica la finjas,
que la asedies constante, y que con ruegos
y lágrimas que inunden tus mejillas,
la induzcas a que falte al juramento
que a los pies del altar hiciera un día.
Quiero saber si es la virtud que ostenta
duro diamante o piedra movediza.

OTARIO. (*Aterrorizado.*)

¿Que enamore, me pides, a tu esposa?

¿Y eres tú quien de mí lo solicita?...

O tú no eres Anselmo,

o que yo soy Lotario se te olvida,

pues que me pides cosas

de tu nobleza impropias por lo indignas.

¿Yo hacerte vil traición? Antes la muerte.

Pide mi sangre, y a la hora misma

daga afilada clavaré en mi pecho

que acabe de una vez mi triste vida.

Menos martirio fuera, que ofenderte

en la persona honrada de Camila.

ANSELMO. Pues si a favor tan grande te resistes

a la amistad faltando que nos liga,

buscaré otra persona que, en mis planes,

ya que te niegas tú, dócil me sirva ;

mas corriendo el peligro, si mi esposa

se rinde al fin, de quien la consiga

publique mi deshonor, y todos sepan

que traidora me ha sido mi Camila.

Mientras que tú, caballeroso y noble,

si triunfaras, secreto guardarías,

y siendo de los tres no más sabido,

con los tres a la tumba bajaría.

Esto de ti pretende mi cuidado,

esto exige mi afán de tu hidalguía ;

si salgo victorioso, agradecido

estaré a tu amistad toda la vida,

y si Camila desleal me fuese,

sólo a mi terquedad lo culparía.

OTARIO. (*Después de vacilar, y accediendo, al fin, con marcada pesadumbre.*)

Bien, sí, te serviré. Quiero probarte

la honradez de Camila.

Si feliz has de ser de esta manera

y depende de mí la paz que ansías,

al martirio me presto,
que una firme amistad a tanto obliga.

CAMILA. *(Por la segunda izquierda. Muy amorosa)*
Gracias a Dios, Anselmo, que mis ojos
ven la luz de los tuyos tan ansiada.
¿Pensaste en mí?

ANSELMO. ¿Pues no, bella Camila?
¿No sabes, dueño mío, que mi alma
ante el altar te di con gozo inmenso?
¿Que aquel sí que mis labios pronunciare
un poema de amor no sólo ha sido,
sino también de religión cristiana?
Cese la duda, pues, y en alegría
los pesares se tornen; que a quien ama
no está mal que celillos le atormenten,
mas celos no, que con la vida acaban.
Ya sé yo que me quieres.

CAMILA. *(Abrazándole.)* ¡Que te adoro!

LOTARIO. *(Haciendo ademán de irse.)*
Me parece que aquí yo no hago falta.

ANSELMO. *(Deteniéndole.)*
Tente, Lotario, que tu buen afecto
un favor ha de hacerme.

LOTARIO. Ordena y manda
Nuestra amistad me obliga a obedecerte.

ANSELMO. Que mientras me dirijo a la morada
del Notario a firmar las escrituras
de la venta del huerto, tú distraigas
con tu ingenio a Camila... De ese modo
ha de serle mi ausencia menos larga.

CAMILA. *(Con pena.)*
¿Otra vez a salir, Anselmo amado?

ANSELMO. Mi salida, Camila, es necesaria.
Mejor dicho, forzosa...,
que nuestros intereses lo reclaman.

CAMILA. ¡Ten piedad!

ANSELMO. Las escrituras firmo,

tomo el dinero y parto para casa...

¿Qué más quieres si al lado tuyo vuelvo,
no sólo con amor, sino con plata?

OTARIO. Si Camila consiente...

OTILA. *(Con resignación.)* Sea, puesto *(A Anselmo.)*
que eres el amo, y como tal mandas.

OTELMO. Dame los brazos...

OTILA. Ellos te reciban
pronto de nuevo; con presteza tanta
que este abrazo de ida se confunda
con el de vuelta que mi amor demanda.

*(Vase Anselmo por el foro. Ca-
mila le acompaña, y cuando éste
se ha ausentado, Camila figura
que le despide, agitando el pa-
ñuelo.)*

OTILA. *(Bajando al proscenio, donde quedó Lotario.)*

— Extraña se me antoja esta salida...

OTARIO. No lo creas, Camila, no es extraña,
ni tampoco lo es que tú padezcas
cuando Anselmo se ausenta de su casa.

Los esposos recientes, son celosos,
viendo visiones la existencia pasan;
a cada instante créense burlados,
y todo es inquietud, zozobra, alarma.

Pero transcurren luego algunos años,
las ilusiones de su punto bajan,
y queda solamente un amor suave,
una tranquila y reposada calma,
un... así como dulce aburrimiento...

OTILA. Con nosotros no rezan esas prácticas,
que a mi amor y al de Anselmo no le vencen
tiranías del tiempo ni asechanzas.

OTARIO. Así lo creo yo, Camila hermosa,
y no veas jamás en mis palabras
intención que te dañe o que te ofenda,

que eres discreta, estás enamorada
y sabrás conservar de tu marido
la ardorosa pasión con que te ama.
Esto la dicha vuestra irá labrando,
y la mía también, que al ser tan santa
la amistad que por ti y Anselmo siento,
es natural que vuestras bienandanzas
a mí llegan también, como las mías
por vosotros serán muy celebradas.

CAMILA. Bien lo puedes decir... Y escucha atento :
¿Por qué no nos imitas y te casas?
Hay en Florencia jóvenes doncellas
de belleza tan pura y extremada
que el pincel de Murillo las escoge
para pintar imágenes sagradas.

LOTARIO. Eso tengo que hacer, que ya mi vida
otra será, pues la de Anselmo cambia.
Hoy de su lado separarme debo,
porque no le está bien a una casada
que atenciones y afectos del marido
con otro ser extraño los comparta.

CAMILA. La amistad y el amor no se entorpecen,
los dos afectos caben en un alma
que Dios grande la hizo, para eso,
para que ambos en ella se alojaran.

LOTARIO. ¿Y la murmuración?

CAMILA. Con el desprecio
la puede contener la que es honrada.

LOTARIO. ¿Y la calumnia?

CAMILA. A Cristo calumniaron,
y en los cielos entró limpio de mancha.
Sobre todo, Lotario, tu conciencia,
¿qué te dice?

LOTARIO. Que deje esta morada
antes de envenenar el puro ambiente
de virtud, de cariño y de constancia...
Adiós, pues...

AMILA. (*Deteniéndole.*) Eso, no, buen Lotario. Espera a que mi esposo vuelva a casa para que le refieras los temores que a tu apocado espíritu le asaltan; pues si viene y no estás creer pudiera que de tu decisión era yo causa... Adiós, Lotario, que venturas goces...

OTARIO. Para ti las deseo bien colmadas.

(*Vase Camila segunda izquierda.*)

NSELMO. (*Por segunda derecha, con incertidumbre.*) Lotario, aquí me tienes, no he podido dominar mi inquietud, ni mi tristeza. ¿La campaña empezaste decididor?

OTARIO. No vi jamás tan dura fortaleza. Dígame que me abrace, en albricias. No hay mujer en el mundo más honrada. A ti consagrar quiere sus caricias, sin ti la vida no le importa nada.

NSELMO. ¿Pero basta una sola conferencia?

¿A más pruebas no quieres sujetarla?

OTARIO. Excusado lo creo en mi conciencia... No he podido con ruegos ablandarla. La fingí una pasión, inmensa, ardiente, la ofrecí mis riquezas, joyas, trajes. A todo se ha mostrado indiferente. Sólo me habló de infamias y de ultrajes a tu honor y al de ella, siempre puros. Me llamó mal amigo, mal cristiano, de pensamientos viles y perjuros, que solamente abriga el que es villano. Con altivez romana, gritó airada, con furor de pantera embravecida cuando ve que sus hijos le han robado de su oscura y recóndita guarida, salió de aquí, dejándome corrido en medio del desprecio y la vergüenza.

¿Qué más pides de mí?... Ya lo has oído...
No la he vencido yo, ni hay quien la venza.

ANSELMO. *(Reposadamente.)* ¿Te llamó mal amigo?

LOTARIO. Sí, lo digo
y lo aseguro.

ANSELMO. *(Con tristeza.)* ¡Con razón entera!

LOTARIO. *(Sorprendido.)*

¿Que hizo bien en llamarme mal amigo?

¿No me mandaste tú que lo fingiera?

ANSELMO. Y yo con pena, pues de ti ya dudo;
que me eres desleal a todo, añadido.

Ves que anheloso a tu amistad acudo,
y me engañas, hipócrita y taimado.

LOTARIO. Mira qué dices... Mi amistad consiente
de amigos, veleidades; mas no afrentas...
Y ese insulto, jamás.

ANSELMO. *(Con reposo.)* Lotario, tente,
y con prudente calma echemos cuentas.
Este papel muy mal le has estudiado,
y no me extraño de que mal lo hagas.
Ensáyalo otra vez con cuidado,
y puede ser que así me satisfagas.

(Va a interrumpirle Lotario, y Anselmo no le deja.)

Sin que me vieras tú, en ese aposento,
de todo me enteré, curioso y triste,
y pude ver que ni por un momento
una frase de amor la dirigiste.

LOTARIO. *(No pudiendo contenerse.)*

Ya mi paciencia término ha tenido;
si hoy fué la boca mía mentirosa
(la palabra me quema), sólo ha sido
por no ultrajar tu honor, ni el de tu esposa.
Mas te juro por Dios, puesto que insistes,
curioso impertinente, necio y frfo
en probar la virtud de la que hiciste

señora de tu vida y tu albedrío,
mandando que yo sea el instrumento
de la infidelidad que solicitas,
que hoy mismo dejo todo fingimiento
y empiezo la traición a que me invitas.
Entro en la lucha en malas condiciones,
porque aun ganando pierdo fijamente.
¿Quieres saber, Anselmo, a qué te expones?
Escucha atentamente.

Si es mío el triunfo, quedas ultrajado,
deshonrada Camila y yo lo mismo,
puesto que fui el traidor desventurado...
¡El honor de los tres en el abismo!
Si triunfas tú, Camila, vencedora,
de mí se ha de burlar, y vendrá un día
recordando mi acción vil y traidora
en que tu ingenuidad de mí se ría...
En fin, aunque conformes no marchemos,
y tu curiosidad no se remedia,
el telón descorramos
y demos ya principio a la tragedia.

ANSELMO. De la ciudad me ausento... Tú, entretanto,
di a Camila que vuelvo prontamente,
que por no presenciar su triste llanto
no extrañe que sin verla yo me ausente.
Y tú, cuya lealtad a nada iguala,
que eres espejo de hombres bien nacidos,
dame un abrazo, y mira cómo exhala
de gratitud mi pecho hondos latidos.

LOTARIO. Y tú, cuya insistencia es ya enojosa,
pídele a Dios, en oración ferviente,
no logremos que llegue a ser famosa
la historia de *El curioso impertinente*.

(Se abrazan, y Anselmo vase
por segunda derecha; donde le
despide Lotario.)

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración. Desde el cuadro primero ha transcurrido una semana. Está amaneciendo.

LOTARIO. (*Entra sigilosamente por segunda derecha.*)

Ni duermo, ni descanso. Ya esta vida,
más que del cielo un don, es una carga.
Me asusto de mi sombra, me avergüenzo
de entrar en esta casa.

De niño estuvo en ella mi alegría,
con Anselmo pasé mi dulce infancia.

Hoy, adulto, penetro con sonrojo,
indeciso el andar, la frente baja...

El peso de mi crimen me subyuga,
de mi conciencia el grito me anonada...

(*Casi gritando.*) No puede ser, y no será lo juro.
mientras noble mi alma

luche con energía (*Con violencia.*), con firmeza
para vencer una pasión bastarda...

¡Ay, Anselmo, cuán torpe que anduviste!...

(*Horrorizado.*)

Pero, ¿qué veo? El balcón escala
un embozado cautelosamente,
y al despuntar el alba

aquí penetra cual ladrón cobarde
que oculta el robo al esconder la cara.

*(Se refiere a un embozado que
que sube por el balcón, entra en
la estancia y se dirige a segunda
izquierda, que es el cuarto de Leo-
nela. Abre la puerta y entra.)*

Arremeterle quiero, y el espanto,
quitándome la acción, los pies me clava
igual que si un grillete
a perpetua quietud los destinara.
¿Será un ladrón de honras? ¿Será acaso...?
¡Oh, qué horrible sospecha que me asalta!
¡Qué fúego con la duda maldecida
mi corazón abrasa!
Cierto será... Camila, sí, Camila,
impúdica el honor de Anselmo ultraja...
¡Siento celos!... Y no debo sentirlos
pues a mi nombre su traición no alcanza
no siendo esposa mía... Lo es de Anselmo,

(Transición violenta.)

y a un deber sacratisimo faltara
si ocultase a mi amigo su desdicha...

(Como resuelto.)

Cumplo mi obligación al delatarla
como mujer infiel a sus deberes,
y satisfago a un tiempo mi venganza.

*(Acercándose a la primera de-
recha y hablando bajito.)*

Anselmo, Anselmo amigo, ven callado,
mi noble afecto y mi lealtad te llaman...

ANSELMO. *(Por la primera izquierda.)*

¿Qué sucede, Lotario, qué señales
de angustia y de dolor veo en tu cara?

¿Qué agitación es esa?... No me hieras a prolongadas pausas..

El certero puñal hunde en mi pecho, que la muerte de un golpe es más cristiana.

¿Tal vez rindióse ya Camila hermosa?

¿Quizás el deshonor mi frente empaña?

LOTARIO. Oye, o mejor dijera, escúcha atento, si es que pueden salir de mi garganta los ayes de dolor que a mis suspiros tristemente acompañan.

Camila...

ANSELMO. Sigue, que el afán me ahoga por saber mi fortuna o mi desgracia.

LOTARIO. Aún no te ha sido infiel, mas considero que tiembla la muralla, y del triunfo el temor me sobrecoge. Su honor vacila, y mi conciencia honrada me obliga a retirarme abandonando el campo de batalla.

En la primera vez me oyó impasible, ya en la segunda me escuchó asombrada.

Mas tanto fuego puse al referirla el amor que en mi pecho la guardaba, que una leve sonrisa

me declaró su vacilante alma...

Lo sabrá, prorrumpía temblorosa...

No lo sabrá, decía yo a sus plantas...

Lo sabrá, lo sabrá, que no hay pecado que el tiempo no descubra, o la venganza.

y repitiendo *lo sabrá*, llorosa, rápidamente abandonó la estancia.

Fíjate, Anselmo, el eco aun lo repite...

«Lo sabrá, lo sabrá»... Son sus palabras.

ANSELMO. ¿Y si fuera un error?

LOTARIO. Feliz sería...

ANSELMO. ¿Y si Camila, previsora y cauta, por probar tu lealtad para conmigo

o para defender su honra ultrajada,
mientras que yo volvía,
fingiese responder a tus audacias?

LOTARIO. Adiós, Anselmo, deja que me ausente
a llorar en silencio mi desgracia.

ANSELMO. Empresas que al comienzo se abandonan
miedo infantil declaran...

¿Eres hombre?... Pues lucha con denuedo

¿No lo eres?... Pues huye sin tardanza,
porque los seres débiles no sirven
ni a Dios, ni al Rey, ni a su nativa patria.

Otro amigo hallaré que no se niegue
a lo que de tu afecto yo esperaba.

LOTARIO. ¡Impertinente estás!

ANSELMO. ¡Y tú, cobarde!...

(*Movimiento impulsivo de Lo-
tario, contenido por Anselmo.*)

Calmemos el ardor de las palabras
y a la razón llamemos

que de nosotros vemos apartada.

Un plazo breve a la cuestión pongamos.

LOTARIO. Tu ciego afán mi corazón traspasa...

ANSELMO. Hállase el día en sus primeras luces;
si al sonar esta tarde la campana
que invita a la oración, no has conseguido
la derrota o el triunfo, terminada
juzguemos la cuestión, y todo quede
a lo que Dios de mi destino haga.

LOTARIO. (*Contrariado, pero con resolución.*) ¡Sea!

ANSELMO. (*Extendiendo los brazos como para abrazarle.*)
¡Este abrazo el compromiso firme!

LOTARIO. Los brazos, torpe amigo, al punto baja
que extendidos la Cruz de Cristo forman
y no es Cristo el que aquí nos da su gracia.

ANSELMO. Dame la mano, entonces.

LOTARIO.

Imposible,

que antes de cometer acción villana
no es noble unir la mano del perjurio
a la del triste ser a quien se engaña...

ANSELMO. ¡Al toque de oración todo concluye!

LOTARIO. (*Triste.*) ¡Al toque de oración todo se acaba!
¡Quiera Dios que las honras que aquí juegan
puras como la luz del Cielo salgan!

(*Vase Anselmo por segunda derecha. Aparece Camila por la primera izquierda. Nótase en ella gran agitación.*)

CAMILA. Buenos días, Lotario.

LOTARIO. (*Con indiferencia.*) Buenos días.

CAMILA. Supé que aquí te hallabas y al instante
quise venir.

LOTARIO. Lo estimo... ¿Qué acontece?

(*Sin alterarse.*)

CAMILA. Mucho, pues deseaba relatarte
lo que aflige mi alma, no encontrando
manera de aliviar pena tan grande.

LOTARIO. Relatarte, a mi vez, quiero yo algo
que también considero irremediable.

CAMILA. Noto triste ironía en tus palabras
y huellas de dolor en tu semblante...
Sácame de esta angustia... ¿Acaso, Anselmo...?
¡Habla, por compasión!

LOTARIO. Habla tú antes.

No es bien que el caballero
falte a la cortesía en ningún trance.

CAMILA. Sabrás, Lotario mío, que esta casa
que de la honestidad fué baluarte,
donde la paz edificaba un trono
precursor de venturas inefables,

hoy parece del cielo maldecida.
Burlada la amistad, de un modo infame,
cegando la pasión la inteligencia ;
con orgullo el pecado paseándose,
como traidor que sabe que ha vencido
por medios que jamás fueron legales...

LOTARIO. Todo cercado por espesas nubes
que nos arrollarán en luto y sangre.

CAMILA. La muerte, con irónica sonrisa,
poco a poco acercándose.

LOTARIO. Como diciendo : Presto seréis míos,
que vengo a castigar vuestras maldades.

CAMILA. Esto se siente y esto se respira,
si es respirar verter el llanto a mares.

LOTARIO. ¡Sólo de Anselmo, la figura noble
de este cuadro infernal flota en el aire !

CAMILA. El arrepentimiento, ya tardío,
la traición cometida no deshace.

LOTARIO. Dices bien, ¡oh, Camila infortunada !

CAMILA. Y mucho más si añades
un crimen a otro crimen.

LOTARIO. ¡No comprendo !

CAMILA. Oye, Lotario, para que te espantes.

(Con misterio.)

De Leonela, criada siempre humilde,
hoy la virtud manchó traidor amante.

LOTARIO. ¿Qué dices?

CAMILA. Que un galán entra en su cuarto,
al que imprudente le entregó la llave.
¿Comprendes mi amargura?... Quien lo vea,
¿no podrá, malicioso, imaginarse
que es por el ama y no por la criada,
quien de mi casa en esas horas sale?

LOTARIO. (Tapándose la cara con las manos como horro-
rizado.)

¡Jesús !

CAMILA. ¿Horror te causa?... A mí lo mismo.

Castigar yo quisiera esos desmanes
mas no tengo valor, porque si el ama
de virtud no dá ejemplo, será en balde
exigir honradez en la doncella,
que puede responder : «Tú me enseñaste».

LOTARIO. (*Arrojándose a los pies de Camila.*)

Perdón, Camila, besaré tus plantas...
Un necio fui... Mejor diré, ¡un infame!
A ese hombre yo he visto, y sospechando...

CAMILA. (*Ya nerviosa y agitada.*)

No sigas, que ya sé lo que pensaste
y me hiela el dolor... Tú has sospechado
que ese hombre también... ¡Lengua, no hables
que ultrajará mis labios la palabra
si a la vergüenza sale!
¿Muerte le diste?

LOTARIO. No. Muerte inhumana
di a otro ser, que de nada fué culpable.

Loco y enfurecido por los celos,
dije a tu esposo que si no faltaste
todavía al honor de su apellido
cercana estabas ya de mancillarle,
porque notaba en ti dulce contento
al escuchar mis amorosas frases.
Como infiel te creí, soez venganza
pidió mi corazón manando sangre.

CAMILA (*Tristemente.*)

¡No en Florencia ha nacido, mal Lotario,
quien se porta de modo tan cobarde!
Del caballero el proceder ignoras...
¡En la perversidad sólo eres grande!

(*Va a interrumpirle Lotario y
Camila no le deja.*)

Sella el labio que fué el puñal agudo
que en mi pecho clavaste,

y déjalo a mi astucia,
que ya encontré manera de salvarme...
Auséntate de aquí; mas vuelve luego
al caer de la tarde,
y no subas en tanto que Leonela
no te lleve un aviso de mi parte.
Aquí una vez, de cuanto yo te diga
capítulo no formes, ni te alarmes.

LOTARIO. *(Con triste humildad y dirigiéndose al foro.)*

¡ Aunque me voy, me quedo, dueño mío!

CAMILA. *(Ya más humana y casi amorosa.)*

¡ Aunque me quedo, voy tras de tu imagen!

*(Vase Lotario por segunda de-
recha. Camila acercándose a la
segunda izquierda.)*

¡ Leonela, ven corriendo, por Dios santo!

LEONELA. Ya estoy aquí, señora, ¿qué sucede?

CAMILA. No me preguntes nada

y en silencio y sumisa me obedece.

Busca a mi esposo; fingete afligida,

en triste llanto tu dolor envuelve,

háblale de mi honra y de la suya,

dile que si no viene

perecerá mi vida bajo el yugo

de Lotario imprudente;

que ya sus manos mi garganta hirieron;

que quiso darme vengativa muerte

al ver que me resisto a sus amores

en los que insiste con afán creciente.

Dile también que aquí citado tengo

a su amigo traidor, falso y aleve.

A la vez aconséjale

que sin que yo me entere,

tras el tapiz que oculta ese aposento

mis acciones observe

y verá por sí propio la fiereza

con que una esposa su virtud defiende.
Y tú, cuando mi Anselmo esté escondido
di a Lotario que al punto se presente.

LEONELA. Así lo haré. Mas ante todo sabe
porque el caso, señora, lo requiere,
que en el cuarto en que duermo se halla oculto
el mancebo que amor de mí pretende...
Y el que loco de celos porque ha visto
entrar aquí a Lotario muchas veces
por aqueso balcón subió, arrojado,
y juró no salir sin darle muerte.

CAMILA. *(Horrorizada y sin dejarla seguir.*
¡Maldición sobre mí!... Cumple mi encargo.
Yo haré que tu tragedia se remedie.

*(Va Leonela corriendo hacia la
puerta y se detiene. Desde allí, en
voz baja, sostiene el siguiente
diálogo con su señora.)*

LEONELA. Los sucesos, señora, se adelantan.
Tu esposo, precavido, hasta aquí viene.
Antes de entrar observa receloso;
ocultarse pretende.
Misterioso, dirigese a la puerta,
por la que entrada los criados tienen...
¿A qué es este cuidado?... Ya no hay duda;
se encamina a su cuarto. Eso es que quiere
desde su habitación ver si Lotario
vence tu fortaleza, o tú le vences...

CAMILA. Haz señal a Lotario de que suba.

*(Leonela hace una seña por el
balcón. Camila se dirige hacia
donde está la panoplia y coge una
daga, ocultándola después entre
sus ropas. Leonela valse por se-
gunda izquierda. Lotario aparece*

por segunda derecha. Viene cabizbajo, abrumado por el dolor, arrepentido.)

LOTARIO. (*Humilde.*) ¿Qué deseas de mí, Camila amada?
A tu servicio estoy; háblame pronto.
Es para mí tu voz, dulce armonía
que embelesa mi ser y escucho absorto.
Mas antes quiero preguntarte...

CAMILA. (*Conteniéndole.*) Cesa.
Y a distancia me oye. No respondo
de mis impulsos, si atrevido y torpe
a mí te acercas imprudente y loco.

(Va a hablar Lotario y no le deja.)

No me preguntes nada y sí contesta
a lo que interrogarte me propongo.
¿Cuándo tus atrevidas pretensiones
no fueron desechadas por mi enojo?
¿Cuándo has visto admitidas tus promesas
de palacios suntuosos,
de coches, de criados y de joyas
que envidiara el más rico y poderoso?
¿Cuándo a tus ruegos concedí esperanzas,
aunque fueron envueltos en sollozos
que tu pasión sentida o imitada
expusiste a mis plantas amoroso?
Responde, mal amigo y mal cristiano...
¿La frente inclinas?... ¡Tus alevés, ojos
a mirar no se atreven
mi altivo y noble rostro,
donde la honestidad tiene su asiento,
donde toda virtud alza su trono!

LOTARIO. Perdona si en momentos de extravío
me atreví a tu belleza, que aún adoro...
Desde hoy, otro seré...

CAMILA. No, no te culpo.
Venga el castigo a mí, pues que de todo
la causa he sido, porque descuidada,
o cándida tal vez, pensando sólo
en que eras fiel amigo
alenté sin quererlo tu propósito.
Esta daga que a herirte he destinado
con el fin de saciar en ti mi odio
mudará de camino, que en mi pecho
debe tener sepulcro pavoroso.
Yo la culpable fuí, pague yo misma
la pena de mi impúdico abandono.

(Intenta herirse.)

LOTARIO. *(Forcejeando con ella.)*
¡No hagas tal, oh, Camila desgraciada!
No te hieras, que es crimen ominoso
el quitarse una vida que Dios santo
te infundió como espléndido tesoro.

CAMILA. *(Transición.)* La razón a mi mente
vuelve con claridad, y pues la cobro
por la piedad de Dios, tuya es el arma,

(La tira al suelo.)

recógela del suelo, y el decoro
te dirá lo que debe hacer con ella
quien fué de la traición el mayor monstruo.

(Vase rápidamente y se encierra primera izquierda, oyéndose el ruido de la llave al echarla por dentro.)

LOTARIO. *(Cogiendo la daga.)*
En mis entrañas hundiré sus filos.
Muerte sangrienta por traidor merezco.

(Aparece Anselmo por la segunda derecha y al ver que Lotario trata de herirse, le contiene.)

ANSELMO. Detén tu airado impulso, buen Lotario.
De tu amistad estoy ya satisfecho.
Ya vi la honestidad de mi Camila ;
ya vi de tu lealtad el raro ejemplo.

LOTARIO. *(Triste.)* Mas no ves la amargura de mi alma,
ni ves mi corazón pedazos hecho.

ANSELMO. Tu sacrificio regaló a mi vida
el dulce bienestar que tanto anhelo.
Tengo mujer honrada y fiel amigo...
¡Qué más puedo pedir al santo cielo!

(Se dirige a la primera izquierda apresuradamente. Lotario, dando muestras de abatimiento, desaparece por segunda derecha sin notar lo Anselmo.)

ANSELMO. ¡Corro a verla y a darla mil abrazos!

(Tratando de abrir la primera izquierda.)

¡Camila, mi Camila, amado dueño!
Esposa mía, abre... Nada temas
que tu marido soy, tu amante Anselmo.

(Tratando otra vez de forzar la puerta.)

Fuerte la cerradura se resiste
a mi tenaz empeño...
Entraré por el cuarto de Leonela...

(Se dirige a la segunda izquierda y la abre.)

¿Desmayado se habrá?... ¡Pero, qué veo!
Un hombre salta apresuradamente
por la estrecha ventana que da al huerto.

*(Vase agitado adonde está la
daga y después de recogerla vuel-
ve al cuarto de Leonela.)*

¡Presto veré si alucinado o loco
soñando estoy o lo que miro es cierto!

*(Entra en el cuarto de Leone-
la y a poco sale cogiendo a ésta
violentemente de la mano.)*

¡Ven acá, miserable,
impura, deshonesta, infiel criada!
¿Quién es el desalmado
que mi sagrado hogar así profana?
Responde sin tardar, que tu existencia
depende de tus labios si me engañas.

LEONELA. Señor, que me destrozas.

Templa tus iras, tus furoros calma
y la verdad diré; por Dios lo juro.

ANSELMO. *(Soltándola bruscamente.)*

Mas, ¿por qué te pregunto, si soy hombre
y en ese hombre debo hallar venganza?

*(Corre hacia primera dere-
cha.)*

¡Muerte cruenta le dará mi enojo!
LEONELA. *(Deteniéndole suplicante.)*
Detente, mi señor, y tal no hagas,
que si ofendió mi honra, no a la tuya
sus acciones alcanzan.
Si su vida respetas, yo te ofrezco
contarte cosas que tu nombre infaman,

Sufra el castigo quien de amores ciega
olvidó los deberes de casada.

ANSELMO. *(Absorto.)*

¿Qué me quieres decir?... No el labio selies,
que acongojas mi alma...

Háblame de seguido y no suspendas
con tu fingido llanto las palabras.

LEONELA. Señor, Camila, con tu falso amigo...

ANSELMO. ¡Mientes, infame!...

LEONELA. ¡Por la Virgen santa!

¡La maldición del cielo, si te engaño,
con todo su rigor sobre mí caiga!

ANSELMO. ¡Mientes, mientes!... ¿Acaso yo no he visto
la resistencia de Camila airada?

¿De su noble altivez no fui testigo?

LEONELA. Mira, señor, que todo ha sido farsa
entre los dos urdida, no ignorando
que oculto en tu aposento te encontrabas...

Corre a evitar que tu infeliz esposa
huya de esta mansión ya profanada.

Esos los planes son de ambos amantes
que quieren esconderse a tus miradas,
porque su horrendo crimen
les llena de vergüenza y los espanta.

ANSELMO. *(Desapareciendo enloquecido por primera iz-
quierda.)*

¡Cielos divinos, tu piedad imploro!

(Gritando.)

¡Camila, mi Camila, esposa amada!

*(Leonela ha desaparecido. La
escena queda sola por breves mo-
mentos, al cabo de los cuales sale
Anselmo despavorido, dando tras-
piés; se acerca a la mesa y, con-
vulsivo, escribe lo que sigue.)*

Un necio e impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegan a oídos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada a hacer milagros, ni yo tenía necesidad de querer que los hiciese. Y pues yo fui el fabricante de mi deshonra, caiga sobre mí toda la culpa, porque al fin y al cabo

«Es de vidrio la mujer,
pero no se ha de probar
si se puede o no quebrar
porque todo podría ser...»

*(Cae muerto sobre el papel, y
mientras baja lentamente el telón
se oye el toque de la campana y
empieza a anochecer.)*

INDUSTRIALES

COMERCIANTES

y REPRESENTANTES

Españoles y extranjeros

La obra "A B C de la importación Aduanera en España" por Eduardo Bartrina y Chaulet, es indispensable para sus negocios.

Un tomo de 500 páginas editado en español y francés, diez pesetas.

EDITORIAL SIGLO XX

Apartado 8.036

MADRID

y principales librerías de España.



Se ha puesto a la venta la admirable novela

ROSTROS EN LA NIEBLA

— DE —

JOSE FRANCES

(De la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando)

He aquí un libro llamado a tener el gran éxito que merecen su amenidad, su interés y su emoción enorme.

ROSTROS EN LA NIEBLA

es una de las más bellas novelas del autor de tantas obras admirables.

Precio: CINCO pesetas.

LOS PEDIDOS A

EDITORIAL SIGLO XX (S. en C.)

Rodríguez San Pedro, 26. — Apartado 8.036

EDITORIAL SIGLO XX

Rodríguez San Pedro, 26
Apartado 8.036.
MADRID

OBRAS PUBLICADAS

	<u>Pesetas</u>
Pedro Mata: Una ligereza.....	5,00
Eduardo Zamacois: Los dos.....	2,50
Alberto Insúa: Mi tía Manolita.....	5,00
Antonio de Hoyos y Vinent: El sortilegio de la carne joven.....	5,00
Paul Morand: La Europa galante.....	5,00
Alberto Insúa: Una historia francamente inmoral.....	2,50
Antonio de Hoyos y Vinent: Los ladrones y el amor.....	2,50
Emilio Carrere: El más espantoso amor..	2,50
José Francés: Su Majestad.....	2,50
Alvaro Retana: El paraíso del diablo....	5,00
Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández: Los extremeños se tocan.....	5,00
Honorio Maura: Julieta compra un hijo...	5,00
José Francés: Rostros en la niebla.....	5,00

Pedidos directamente a la

EDITORIAL SIGLO XX

Grandes descuentos a corresponsales y librerías



EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID